LA FUERZA DEL COMUNISMO ESTA EN LA UNIDAD

Editorial
PAZ Y SOCIALISMO
Praga - 1963

LA FUERZA DEL COMUNISMO ESTA EN LA UNIDAD

Recopilación de artículos
publicados en
REVISTA INTERNACIONAL
(Problemas de la paz y del socialismo)
en 1962

10-3-63

EDITORIAL
PAZ Y SOCIALISMO
PRAGA • 1963

UNA EPOCA DE GRANDES TRANSFORMACIONES REVOLUCIONARIAS

MAURICE THOREZ

Secretario general del Partido Comunista Francés

Hace cinco años se celebraron en Moscú dos reuniones internacionales de histórica trascendencia. Del 14 al 16 de noviembre de 1957 tuvo lugar la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas, en la que, después de consultar con los representantes de los partidos hermanos de los países capitalistas, fue aprobada por unanimidad una Declaración que trazaba un balance de todo el movimiento obrero en el período de posguerra y señalaba las perspectivas y las consiguientes tareas. La Declaración de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas se convirtió en la Carta de todo el movimiento comunista internacional.

Del 16 al 19 del mismo mes se celebró otra reunión internacional, la de los representantes de 64 partidos. Fue esta la asamblea más representativa de cuantas habían tenido lugar en el movimiento comunista mundial. La Conferencia dirigió a todas las personas de buena voluntad un Manifiesto de la Paz.

Cuando se consideran a una distancia de cinco años —cinco años ricos en grandes acontecimientos y profundas modificaciones de la situación internacional— las conferencias de noviembre de 1957 y los documentos aprobados por ellas, se comprueba que han realizado un brillante y exacto análisis de las tendencias de la situación internacional. Las decisiones de noviembre de 1957, que se inspiraron en las resoluciones capitales del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, fueron a su vez precisadas y desarrolladas, primero, en los documentos de la Conferencia celebrada en noviembre de 1960 por los 81 partidos y, al año siguiente, en el Programa aprobado por el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Los dos documentos de noviembre de 1957 han prestado una ayuda decisiva a los comunistas de todos los países en el cumplimiento de sus tareas, en la lucha contra la ofensiva de la reacción, por la paz, la libertad y el socialismo. Su profunda significación se ha mantenido íntegramente en estos cinco años.

LA CARACTERISTICA ESENCIAL DE NUESTRA EPOCA

La Declaración procedía ante todo, como era su deber, a definir el carácter esencial de nuestra época: el paso del capitalismo al socialismo en escala mundial.

La propaganda burguesa trata de disimular este rasgo fundamental del siglo XX y recurre a toda una serie de descripciones falsas de la «maduración» de la «sociedad industrial», de su paso a la «fase del consumo masivo», que se haría en forma idéntica tanto «en el Este» como «en el Oeste», todo ello para ocultar el hecho de que la humanidad ha llegado a un nuevo umbral de su historia, en el que se pone fin a la apropiación privada del capital y del producto social. El mundo se encuentra hoy día dividido en dos sistemas económicos y sociales, de los cuales uno, el capitalista, está en ocaso y el otro, el socialista, en ascenso.

Aún no ha transcurrido medio siglo desde la época en que la dominación del sistema capitalista se extendía sobre toda la Tierra. Durante el período comprendido entre las dos guerras mundiales, el socialismo no existía más que en la Unión Soviética, cercada por el mundo burgués. Pero, como subrayaba la Declaración, desde entonces la situación ha cambiado sensiblemente: más de la tercera parte de la población ha emprendido ya la vía del socialismo y está edificando una vida nueva.

Al mismo tiempo se acentúa la desintegración del sistema colonial del imperialismo. La Conferencia de 1957 hizo observar que en el curso de los doce últimos años, además de la República Popular China, la República Democrática de Vietnam y la República Democrática Popular de Corea, más de 700 millones de personas se habían sacudido el yugo colonial y habían fundado Estados nacionales soberanos.

Desde la terminación de la guerra hasta 1957 se habían formado veinticinco Estados soberanos en el territorio de antiguas colonias o países dependientes. En 1940, casi la mitad del género humano se encontraba sometida a la opresión co-

lonial o semicolonial; en 1957 ya no se contaban más que 160 millones de personas en las colonias existentes. Casi no había colonias en Asia y un vasto movimiento de liberación sacudía el continente africano. La Conferencia pudo dejar constancia de que la lucha de liberación nacional se intensificaba en el mundo.

El resultado de este doble movimiento —creación del sistema socialista mundial y derrocamiento de los imperios coloniales— fue la tremenda reducción de la esfera de las relaciones capitalistas y de la explotación imperialista, el debilitamiento general del imperialismo. Enormes masas humanas y territorios gigantescos habían dejado de ser reservas del imperialismo.

En los Estados imperialistas, como lo señaló la reunión de Moscú, la sociedad estaba desgarrada por profundas contradicciones de clase. La clase obrera de estos países se oponía, cada vez más resueltamente, a la política de los grandes monopolios.

La historia se desarrollaba, pues, como lo habían previsto Marx y Lenin: el capitalismo marcha hacia su desaparición, el socialismo se desarrolla y su victoria es inevitable. Contrariamente a todo lo que dicen los revisionistas y reformistas, el marxismo no ha «envejecido», sino que corresponde exactamente a la realidad de nuestros días.

Tales eran las principales tesis de 1957, que en estos cinco años se han visto brillantemente confirmadas. El socialismo ha seguido arrebatando al capitalismo una posición tras otra.

Ha continuado la disgregación del sistema imperialista. Baste recordar que en Cuba se ha establecido un régimen popular que ha emprendido el camino del socialismo. La tierra ha sido entregada a los que la trabajan, la industria ha sido nacionalizada y se ha puesto fin al dominio de los monopolios. La revolución socialista triunfa a 150 kilómetros de las costas de Estados Unidos. La lucha antiimperialista de los pueblos de América Latina ha recibido un poderoso estímulo.

La descomposición del colonialismo se ha acentuado. Argelia ha alcanzado la independencia. La sangre de los patriotas argelinos no ha sido vertida en vano en el combate por la libertad. Los monopolios franceses, que sostuvieron la guerra «abyecta» durante más de siete años, han tenido que doblar la cerviz.

En toda Africa, los nuevos Estados independiente se han consolidado. Y aunque las condiciones de vida de las masas

populares siguen a menudo siendo difíciles y las riquezas nacionales fluyen en torrentes de oro hacia las cajas fuertes de los bancos y de las sociedades extranjeras, los países liberados han realizado ciertos progresos en su resurgimiento nacional y cultural. Pese a una represión salvaje, en las colonias portuguesas ha arraigado profundamente el movimiento de liberación.

En Asia, nuevos golpes han sido asestados al imperialismo. Los imperialistas, que pretendían estrangular el movimiento de liberación nacional en Laos y se inmiscuían militarmente en los asuntos de este Estado, han tenido que reconocer su integridad y su neutralidad. Los colonialistas holandeses han fracasado en su intento de oponerse a la restitución al pueblo indonesio de sus viejas tierras del Irián Occidental.

Hoy, más que nunca, la evolución del mundo está determinada por la competición de los dos sistemas sociales opuestos. El socialismo demuestra cada vez más que es un régimen incomparablemente superior al capitalismo. Es un régimen que permite desarrollar las fuerzas productivas a ritmos desconocidos por el capitalismo e inaccesibles para él. El sistema socialista se está convirtiendo en el factor decisivo de la evolución mundial.

En el momento de reunirse la Conferencia da 1957, los países socialistas habían multiplicado por 4,5 el volumen de la producción industrial de 1937, mientras que los países capitalistas no habían rebasado el coeficiente de 2. En 1960, los coeficientes respectivos habían pasado a 6,8 y 2,5. El desarrollo del mundo capitalista es, pues, mucho menos rápido que el del mundo socialista.

De 1958 a 1961, la producción industrial de los países miembros del Consejo de Interayuda Económica se multiplicó por 1,5. La producción de acero pasó de 67 a 93 millones de toneladas; la extracción de petróleo, de 111 a 181 millones de toneladas; la producción de energía eléctrica, de 295.000 millones a 451.000 millones de kilovatios/hora; la fabricación de cemento de 51 a 76 millones de toneladas. Aumentó considerablemente la producción de artículos de uso y consumo.

Incluso los sectores más activos del mundo capitalista, como el Mercado Común «europeo», cuyo ritmo de incremento de la producción es de 1,5 a 2 veces más rápido que el del conjunto del sistema capitalista, están muy lejos de las cadencias del mundo socialista.

Los cálculos de los dirigentes de la «integración» en Euro-

pa Occidental, que cuentan con que su política habrá de frenar el progreso económico del mundo socialista, son unos cálculos miopes. El sistema socialista mundial marcha con paso firme hacia la victoria decisiva en la emulación económica con el capitalismo.

Ya en la actualidad, los Estados Unidos se esfuerzan en vano por alcanzar a la ciencia y la técnica soviéticas. Los trabajadores, las amigos del progreso esparcidos por el mundo entero han saludado con entusiasmo el vuelo combinado, de una complejidad y una duración sorprendentes, realizado por los cosmonautas Nikoláiev y Popóvich. Esta hazaña es el fruto de considerables progresos en un gran número de ramas de la ciencia, y, à la vez, una prueba de las inmensas posibilidades de la industria socialista. El mundo entero es testigo de que los Estados Unidos llevan años de retraso en este importante dominio.

De 1961 a 1980 habrá de quintuplicarse el producto social global de la Unión Soviética. La producción industrial aumentará por lo menos en seis veces y la producción agrícola en unas tres veces y media. Este programa equivale a crear en los límites territoriales del Estado soviético otros cinco países industriales y más de dos países agrícolas de la importancia actual de la URSS. Dentro de veinte años, la producción industrial del país de los Soviets equivaldrá casi al doble de lo que se produce actualmente en todo el mundo no socialista.

Los demás países socialistas siguen la misma línea. Según los planes de largo alcance, sobre los que han versado las recientes consultas de los países adlheridos al Consejo de Interayuda Económica, resulta que en el período de 1961 a 1980, la producción industrial de esos países se multiplicará por un coeficiente superior a 6, la producción agrícola por 3 y la renta nacional por cerca de 5.

Lenin decía que el socialismo debe ejercer su principal influencia sobre el desarrollo internacional precisamente a través de su progreso económico. Estas palabras han tenido plena confirmación.

En los Estados imperialistas, las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción se han acentuado considerablemente, como lo había previsto la Declaración. Han seguido agudizándose los antagonismos tanto dentro de los países capitalistas como entre unos y otros.

La economía capitalista mundial sigue siendo inestable y precaria. Son del dominio público la debilidad del dólar, las

dificultades económicas y monetarias norteamericanas, el hecho de que la economía de EE.UU., dificultosamente reanimada después de la crisis de 1960—1961, parece afrontar de nuevo un período adverso. En Gran Bretaña, la cuota anual de crecimiento no ha pasado por término medio desde 1949 del 2,7%. Por primera vez desde la reforma monetaria de 1948 disminuye el ritmo de la expansión económica en Alemania Occidental, y esto se produce en el momento preciso en que aparece la amenaza de la inflación. En Francia, la prensa económica y financiera anuncia un «descenso de la expansión» para los próximos meses.

El 25 de marzo de 1957, unos meses antes de celebrarse la Conferencia de los doce partidos, se firmó en Roma el tratado que establecía la Comunidad Económica «europea». El Mercado Común ha sido creado por la oligarquía financiera en la nueva etapa de la crisis del capitalismo mundial. Dentro de este mercado, la producción se ha desarrollo y los monopolios se han beneficiado de las ventajas de una cierta especialización y del progreso científico y técnico.

Pero la «integración» no ha modificado en absoluto la naturaleza del capitalismo monopolista actual. El Mercado Común es la «Europa de los trusts», el imperio de los gigantescos monopolios que explotan a millones y millones de trabajadores, obreros, campesinos, artesanos, etc., y que determinan la agravación de la lucha de clases.

Acentúanse las contradicciones entre los países imperialistas. Se perfilan claramente las tendencias oposicionistas entre el Mercado Común y Estados Unidos. Estos no habían previsto todas las consecuencias de la creación de dicha organización, que ya en 1947 estaba en germen en el Plan Marshall y que ellos contribuyeron activamente a convertir en realidad. Ciertamente, ven en la «integración» de Europa Occidental una necesidad política, pero descubren a la vez que constituye para ellos una amenaza económica. Por eso, en su deseo de disminuir la competencia económica de los países de Europa Occidental y de embotar el filo antinorteamericano del Mercado Común, tratan de imponer a dichos países, con vistas a debilitarlos, una contribución cada vez mayor a la «defensa del mundo libre», es decir, una aceleración de la carrera armamentista.

Por su parte, los monopolios alemanes y franceses se esfuerzan por conseguir un papel más importante en las uniones internacionales de carácter económico y político. La ley leni-

nista del desarrollo desigual conserva todo su valor: la competencia entre los monopolios se exacerba, los Estados imperialistas luchan entre sí por la división y el reparto de los mercados de venta.

Inglaterra empezó. por entablar la batalla encarnizada contra el Mercado Común, creando frente a él la Asociación Europea de Libre Cambio, pero fue derrotada en la lucha de los dos grupos rivales. Ahora, y no sin presión por parte de Estados Unidos, que temen un debilitamiento del bloque atlántico, solicita su ingreso en la Comunidad Económica «europea».

En torno a las condiciones de la adhesión de Gran Bretaña se está librando una áspera lucha política entre dicho país, de una parte, y Francia y Alemania Occidental, de otra. Pero esto no significa en modo alguno que entre Francia y la Alemania Federal reine la «armonía» económica. Las posiciones de los monopolios alemanes se extienden cada vez más y la expansión germanooccidental se opone a las pretensiones francesas. Las acres discusiones sobre las formas de la «integración» y sobre la creación de organismos «supranacionales» reflejan las insuperables contradicciones que existen entre las potencias imperialistas.

Dentro de estos Estados la lucha de clases se intensifica. La recrudescencia de las huelgas en Francia es un hecho evidente: del 1º de enero al 1º de agosto de este año, las huelgas representaron la pérdida de 1.600.000 jornadas de trabajo, contra 1.425.000 el año pasado, en que las huelgas habían durado ya el doble que en 1960. Pero, además, esta estadística oficial no comprende las huelgas de funcionarios y empleados municipales. El movimiento huelguístico está adquiriendo unas proporciones desconocidas desde el establecimiento del poder personal. La mayoría de las huelgas reivindican mejoras salariales.

La depauperación de los trabajadores de la ciudad y la ruina de las masas campesinas se han agudizado. Y si bien ciertos sectores de la clase obrera han conseguido merced a sus luchas una elevación parcial de los salarios, en toda una serie de países capitalistas los salarios reales siguen estando por debajo del nivel de anteguerra.

En Francia, los salarios reales de 1962 son inferiores a los de 1957. Cada vez es mayor la distancia que hay entre el aumento de la productividad del trabajo y su remuneración, lo que beneficia a los monopolios y perjudica a los obreros. La intensidad y la duración del trabajo son cada vez mayores.

Hace 25 años, gracias a las conquistas del Frente Popular, los obreros franceses tenían una semana laboral de 40 horas; hoy, la duración oficial de la misma es de 46 horas y media. Si además tenemos en cuenta las horas de trabajo adicional que a causa de la miseria se ven obligados a hacer los obreros, resultará que la duración real de la semana de trabajo es, por término medio, de más de cincuenta horas. ¡Qué contraste con la semana laboral de la Unión Soviética, que pronto será la más corta del mundo!

El desempleo masivo persiste en muchos países capitalistas, comenzando por Estados Unidos, donde el presidente de los sindicatos, George Meany, declaraba a la prensa el pasado 13 de agosto: «Todos los intentos realizados para resolver el problema del paro han fracasado.» La desocupación hace estragos incluso en las zonas del mundo capitalista que alardean de un desarrollo económico más rápido. El Mercado Común «europeo» dispone de un importante ejército de reserva integrado por hombres sin trabajo, principalmente por 1.200.000 «disoccupati» italianos.

Se intensifica la expropiación de los pequeños productores. Los monopolios arruinan a centenares de miles de artesanos y modestos comerciantes y van desplazando a los pequeños industriales. En los últimos cuatro años, en Francia se ha cerrado el 20% de las fábricas textiles; el número de las pequeñas empresas comerciales se ha reducido en un 27%, mientras que la parte correspondiente a las grandes sociedades en el volumen del comercio interior ha aumentado en el 50%. Las 500 empresas francesas más importantes han visto aumentar en un año el volumen de sus negocios en un 16,6%, frente a una elevación del 6% del índice medio de la producción industrial.

La diferenciación del campesinado ha adquirido considerables proporciones. So pretexto de «reorganización» de la agricultura para hacerla «rentable» y de «modernización» económica, la legislación francesa estimula la creación de grandes explotaciones capitalistas, expulsando de la tierra a los campesinos pequeños y medios; de ellos, 800.000 han sido condenados abiertamente a desaparecer.

El poderío económico y financiero se concentra más y más en manos de un puñado de monopolios gigantes. De este modo, la contradicción de intereses se acentúa no sólo entre la burguesía monopolista y la clase obrera, sino también entre los monopolios y todas las demás capas de la sociedad. El capi-

talismo monopolista de Estado, lejos de ser un «capitalismo popular», se muestra como el enemigo de la gran mayoría de los ciudadanos de cada nación.

¿GUERRA O COEXISTENCIA PACIFICA?

Mientras subsista el imperialismo habrá terreno para las guerras de agresión, decía a justo título le Declaración de 1957. Y no tenía menos razón al calificar a Estados Unidos de centro mundial de la reacción y de la agresividad. Aún no hace mucho, el imperialismo norteamericano, con sus amenazas contra Cuba, colocó a toda la humanidad ante el peligro de una guerra termonuclear. La enérgica advertencia de la Unión Soviética contribuyó en no poca medida a alejar el peligro.

La Declaración insistía en particular sobre el resurgimiento del militarismo en Alemania Occidental. Desde hace cinco años, y en el marco del bloque agresivo de la OTAN, el rearme, acompañado de una hipertrofia del espíritu de revancha, no ha hecho más que intensificarse en ese país. Las fuerzas reaccionarias y agresivas que ayudaron a Hitler a desencadenar la segunda guerra mundial, levantan insolentemente la cabeza.

El régimen degolista se acerca cada vez más a la República Federal Alemana, lo que lejos de favorecer los intereses de la paz y la seguridad en Europa acelera la carrera armamentista y agrava la tensión internacional. La reciente visita del general De Gaulle a Alemania Oeste no deja lugar a dudas. El objeto de su viaje no era la consagración de la amistad entre los pueblos francés y alemán, sino la conclusión de un nuevo pacto anticomunista y antisoviético entre los dirigentes capitalistas de los dos países. De Gaulle quiere anudar una estrecha alianza con los revanchistas de Bonn, que presentan reivindicaciones territoriales contra varios países europeos, se niegan a normalizar sus relaciones con Estados que no hace mucho fueron víctimas de su agresión e impiden por todos los medios que las grandes potencias se pongan de acuerdo sobre la reglamentación pacífica del problema alemán y de la situación en Berlín Occidental. La Europa «bicéfala» no persigue más objetivo que bloquear toda distención internacional y llevar las cosas por el camino peor.

Las calumniosas declaraciones de que «para Francia, la amenaza alemana ha sido sustituida por la amenaza soviética», no son sino una pobre tapodera de la preparación de la aventura antisoviética, antisocialista, del eje París-Bonn. No es casual

que los revanchistas de entre las personas desplazadas hayan saludado a De Gaulle en todas partes con calurosos aplausos. En las fotografías publicadas por la prensa parisiense se veía el coche del jefe del Estado francés simbólicamente dominado por carteles en los que se leía: «¡La frontera Oder-Neise, jamás!».

En Hamburgo, ante los oficiales de la academia militar, De Gaulle rehabilitó y glorificó al militarismo alemán. Su viaje tuvo por objeto reforzar la colaboración entre los ejércitos de los dos países, conseguir lo que él calificó de «cooperación orgánica de las fuerzas militares».

Y como suele ocurrir en toda coalición capitalista, será el más fuerte —la Alemania reaccionaria en este caso— el que habrá de determinar la orientación de esta cooperación. Por mucho que el régimen degolista sueñe con la hegemonía, está condenado a marchar a remolque del socio alemán, más robusto económicamente y más virulento.

El pueblo francés y los pueblos de todos los países deben dar pruebas de una extrema vigilancia frente al peligro de guerra creado por el imperialismo. La guerra o la coexistencia pacífica: tal es hoy el problema esencial de la política mundial.

Por suerte, las fuerzas de la paz son actualmente tan poderosas que realmente es posible impedir la guerra. Esas fuerzas comprenden el invencible campo de los Estados socialistas con la Unión Soviética al frente, campo en el que ya no hay clase ni capa social interesada en la agresión y que, por el contrario, necesita la paz para llevar a efecto sus grandiosas tareas de construcción; los Estados pacíficos de Asia y Africa, que mantienen posiciones antiimperialistas y cuyo peso en la arena mundial es cada vez mayor; la clase obrera internacional, y en primer término su vanguardia, el movimiento comunista, y el vasto conjunto de todos los partidarios de la paz. La unión de fuerzas tan considerables puede prevenir la guerra mundial. Con la nueva situación del mundo y la nueva correlación de fuerzas, la guerra ha dejado de ser fatal.

Como señaló la Conferencia de 1957, los partidos comunistas consideran que la lucha por la paz es su tarea primordial. Para ellos es evidente que la paz no puede ser asegurada más que por la lucha resuelta de todos los pueblos contra la voluntad de agresión de los imperialistas.

El Congreso Mundial por el Desarme y la Paz, celebrado recientemente es Moscú por iniciativa del Movimiento de la Paz,

ha mostrado en forma convincente que ninguna diferencia en las concepciones políticas o filosóficas y en las condiciones sociales es un obstáculo a la unión de todas las fuerzas de la paz. Su carácter amplio y representativo se ha impuesto a todos los observadores: los 2.500 participantes procedían de 121 países y representaban todos los matices de la opinión pública.

La lucha por la paz ha entrado en una fase nueva y superior. En esta fase, el desarme general y completo aparece como una exigencia de todos los pueblos.

Es inútil insistir en los horrores indecibles que provocaría una guerra sostenida con las armas modernas de destrucción en masa. El presente potencial de «muerte atómica» es, según cálculos de los especialistas, de 250.000 megatones, es decir, de 250.000 millones de toneladas de trilita. Hay en la actualidad 80 toneladas de explosivo en reserva por cada habitante de la Tierra. El gran científico norteamericano Linus Pauling estima que una guerra termonuclear costaría por lo menos 800 millones de vidas.

En cuanto al despilfarro de los recursos de los pueblos para fines bélicos, adquiere tales proporciones que, según datos oficiales, los gastos militares suman 120.000 millones de dólares anuales, lo que equivale a la mitad de las inversiones hechas en la economía mundial.

En tales condiciones resulta evidente que es preciso desarmarse o perecer. La política de balanceo y de equilibrio inestable al borde de la guerra es una locura.

El Gobierno soviético ha respondido a las exigencias de nuestro tiempo al presentar un proyecto concreto y realista de desarme general bajo un riguroso control internacional. La médula del proyecto es la prohibición y destrucción de las armas atómicas. Todos los partidarios de la paz señalan el hecho de que la URSS, que dispone de los cohetes más potentes del mundo, proponga, sin embargo, que el desarme comience por la liquidación de todos los medios de transporte de las armas nucleares, renunciando así voluntariamente a una ventaja militar esencial.

El camarada Jruschov dijo en el Congreso de Moscú con justa razón: «Nosotros hemos luchado por la paz y el desarme cuando aún éramos débiles en el aspecto militar. Nosotros luchamos por el desarme y la paz también ahora, cuando disponemos —digámoslo francamente— de las armas más perfectas, de armas que no posee ninguna otra potencia. ¿No es esto

acaso la mejor prueba de que la Unión Soviética no desea la guerra?»

Para los países socialistas y para los partidos comunistas, el desarme no es una táctica, es una política de principios. El contenido de su política exterior es la coexistencia pacífica de los Estados con regímenes sociales diferentes.

Esta coexistencia pacífica no significa simplemente ausencia de guerra ni es una especie de tregua provisional y precaria. Es la renuncia mutua a emplear la fuerza de las armas como medio de resolver las divergencias entre los Estados.

Es evidente que tal renuncia tiene que ser *impuesta* a los imperialistas —en particular mediante la lucha de los pueblos de sus países—, pues su naturaleza no ha cambiado ni se han vuelto «razonables» acomodadizos. La coexistencia pacífica es, pues, todo lo contrario de una renuncia a la lucha política e ideológica, de una orientación hacia la colaboración y la conciliación entre las clases. Su éxito depende, por el contrario, del desarrollo de la lucha democrática y de la lucha de clases en cada país capitalista.

En el plano internacional, la coexistencia pacífica de los dos sistemas sociales opuestos se manifiesta, en el orden económico, a la vez como colaboración y como competición. Gracias a la coexistencia pacífica, los países socialistas se proponen demostrar a todo el mundo, en un breve plazo histórico, la aplastante superioridad del modo de producción socialista, con lo que proporcionarán las mejores armas a la lucha política de la clase obrera de los países burgueses. También en este sentido, la coexistencia pacífica es la forma superior de la lucha de clases.

La competición no excluye, sino que, por el contrario, presupone la extensión de las relaciones económicas entre los países, el libre desarrollo del comercio internacional. La Unión Soviética y los demás países socialistas rechazan la política discriminatoria de las agrupaciones económicas cerradas del tipo del Mercado Común «europeo». En su deseo de llegar a un saneamiento radical del clima internacional y al desarrollo de relaciones económicas recíprocamente ventajosas, los países socialistas proponen la celebración de una conferencia internacional que estudie los problemas del comercio y contemple la creación de un organismo comercial que englobe a todas las zonas y a todos los países del mundo sin discriminación alguna.

Es más, la cooperación económica debe establecerse no sólo

entre los Estados, sino también entre las agrupaciones, entre las uniones económicas constituidas por los Estados de cada sistema.

De este modo, la política de extensión de las relaciones económicas es paralela a la emulación económica pacífica.

Esta emulación pacífica no agrada a los imperialistas, que quisieran resolver las divergencias internacionales por medio de la guerra. Por eso, si bien la guerra ha dejado de ser inevitable, no debe creerse que, por lo mismo, la paz se imponga sin más. No hay que esperar tranquilamente el advenimiento de la paz. Hay que conquistarla mediante la lucha contra las fuerzas agresivas y militaristas. Lo que equivale a decir que la responsabilidad de los pueblos de los países capitalistas es muy grande. De su clarividencia, de su actividad y energía depende que la humanidad se hunda, con todos los tesoros de la civilización, en el abismo de la guerra atómica o que la paz sea mantenida. La idea de la paz no puede convertirse en una fuerza material real e imponerse en la práctica sino a condición de que los pueblos hagan de la paz una tarea propia, su tarea principal.

Debe reconocerse que en los países capitalistas muchas gentes todavía no comprenden toda la gravedad del peligro termonuclear y aún no participan activamente en la lucha por el desarme y contra la guerra. Muchos son víctimas de la demagogia de los gobiernos reaccionarios, que prodigan las frases sobre la paz al mismo tiempo que intensifican la carrera de los armamentos y los preparativos de agresión.

En Francia, por ejemplo, el tema de la «reconciliación franco-alemana» es ampliamente explotado por el poder personal para tratar de justificar el eje militar París-Bonn. Una política preñada de futuros conflictos, por cuanto estimula las pretensiones de los revanchistas, es presentada como la solución de todos los viejos conflictos. Lo que es una maquinación belicista se describe como un poderoso factor de distensión.

Es evidente que todos los partidarios de la paz se sentirían dichosos si Francia contribuyera a un desarrollo pacífico y democrático de Alemania, así como a la rápida conclusión de un tratado de paz para este país conforme a las obligaciones contenidas en los acuerdos de Potsdam. En este caso, las relaciones de Francia con el Gobierno de la República Federal Alemana servirían a una causa útil y, a la vez, al establecimiento de relaciones de amistad y colaboración con la República Democrática Alemana, el primer Estado pacífico en la

historia de la Alemania moderna. Entonces se podría hablar honradamente de reconciliación entre los dos pueblos.

Pero en las condiciones actuales, el beso de la paz está destinado a la galería, mientras entre bastidores se fragua un acuerdo, para afilar las armas. Este gran engaño puede servir de ejemplo clásico de la perfidia de los imperialistas, de su criminal ingeniosidad cuando se trata de embaucar a las masas y de apartarlas de la acción efectiva contra la guerra.

La paz sólo puede ser salvaguardada en el espíritu de la Declaración y del Manifiesto de 1957, es decir, a condición de que los pueblos redoblen su vigilancia y su actividad.

Son los pueblos, las decenas de millones de hombres y mujeres de cada país quienes pueden actuar con éxito por la prohibición y la destrucción de las armas atómicas, por el fin de la política de bloques y bases militares, por el cese del rearme de los militaristas alemanes, por el tratado de paz con Alemania y la transformación de Berlín Oeste en una ciudad libre y desmilitarizada, por el desarme general simultáneo y controlado, por una política de seguridad colectiva, de coexistencia pacífica y de amplia colaboración económica y cultural entre los Estados.

LA UNION DE LOS PAISES SOCIALISTAS Y LA UNIDAD DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS Y OBREROS

La Declaración de 1957 prestó especial atención a la necesidad de reforzar la unidad y la cooperación fraternal entre los países socialistas. Recordó, por una parte, que sus relaciones mutuas se basan en los principios de la igualdad completa, el respeto a la integridad territorial, a la independencia y la soberanía política, en la no intervención en los asuntos internos, y por otra parte, que la interayuda fraternal era inseparable de este conjunto de principios. El texto aprobado subrayaba la necesidad de que los Estados socialistas siguiesen desarrollando y mejorando su colaboración económica y cultural.

Según el citado documento, la cohesión y la unión estrecha de los países socialistas son la garantía de la independencia y la soberanía de cada uno de ellos. Todos los problemas que conciernen a sus relaciones mutuas pueden ser resueltos enteramente a través de una discusión amistosa.

La Conferencia confirmó la identidad de puntos de vista de los partidos comunistas y obreros en las cuestiones fundamentales de la revolución proletaria y de la construcción del

socialismo. Recordó asimismo las leyes esenciales propias de todos los países que emprenden la senda del socialismo.

La primera de estas leyes se refiere a la necesidad de la dictadura del proletariado en una u otra forma para el cumplimiento de las tareas de la revolución proletaria. Esta dictadura del proletariado —democracia para el conjunto de los trabajadores— significa la dirección de las masas por la clase obrera, cuyo núcleo es el Partido marxista-leninista.

Vienen a continuación otras leyes y principios generales que deben ser aplicados siempre teniendo en cuenta las condiciones históricas de cada país.

El desconocimiento de las particularidades nacionales por el Partido proletario conduce infaliblemente a su divorcio de la vida, a su ruptura con las masas, causando al socialismo un daño inevitable. Y a la inversa, la excesiva acentuación de las particularidades nacionales, así como la renuncia a la verdad general del marxismo-leninismo, son nefastas para la revolución. Es preciso, pues, combatir resueltamente las dos desviaciones.

La Conferencia recordó especialmente que la base teórica del marxismo-leninismo es el materialismo dialéctico, que refleja las leyes generales del desarrollo de la naturaleza, de la sociedad y del pensamiento. Esta concepción es válida para el pasado, el presente y el futuro.

Para defender el marxismo-leninismo y hacerlo avanzar es preciso, decía la Declaración, reforzar la lucha contra las corrientes oportunistas y revisionistas, que en las condiciones actuales representan el peligro principal, así como contra el dogmatismo y el sectarismo, que en un momento dado pueden llegar a ser el peligro esencial. La experiencia del movimiento comunista internacional demuestra que la prenda del éxito es la salvaguardia de la unidad de las filas del Partido sobre la base del marxismo-leninismo.

Estas afirmaciones de la Declaración han tenido un carácter verdaderamente profético. Su justeza ha sido confirmada por todos los acontecimientos que se sucedieron después.

En primer lugar, las relaciones fraternales entre los países socialistas se han fortalecido sobre las bases indicadas. Estos países se prestan una ayuda amistosa en la construcción del socialismo y del comunismo. Ellos han unido sus esfuerzos para defender las conquistas de la revolución y salvar la paz.

Los Estados socialistas han creado, sobre la base de la igualdad de derechos, las ventajas recíprocas y la solidaridad fra-

ternal, un amplio sistema de interrelaciones económicas que desempeña un gran papel en la consolidación de la independencia económica y política de cada país y de toda la comunidad. Los vínculos económicos se han desarrollado en todos los sentidos: en el comercio exterior, en la cooperación de la industria y del transporte, en la concesión de créditos y empréstitos, en la cooperación técnica y científica y el intercambio de experiencias, en la preparación de especialistas, etc.

El intercambio de mercancías entre los países socialistas ha aumentado con extraordinaria rapidez, habiéndose triplicado con creces de 1950 a 1960. Durante el mismo período, el comercio entre los países capitalistas no ha hecho más que duplicarse. Ante los países socialistas se plantea ahora el problema de extender a la producción la cooperación ya establecida en el ámbito del comercio.

La Conferencia que reunió en Moscú, en junio de 1962, a los dirigentes responsables de los países adheridos al Consejo de Interayuda Económica, puso a la orden del día la coordinación metódica de los planes económicos nacionales, la división socialista internacional del trabajo, la cooperación y especialización de las producciones nacionales, la articulación de las investigaciones científicas y técnicas, la coordinación de la política de inversiones, etc.

El sistema socialista mundial ha alcanzado un nivel a partir del cual ya no es posible determinar correctamente las perspectivas de desarrollo limitándose exclusivamente a la suma mecánica de las diferentes economías nacionales. De lo que ahora se trata es de crear progresivamente el órgano económico único de todo el sistema, el conjunto bien organizado en el que cada economía tenga su lugar y su función en consonancia con la ley del desarrollo armónico y proporcional de la economía socialista.

En el conjunto de la producción industrial mundial, el 37% corresponde actualmente al sistema socialista, que no ocupa más que el 26% del territorio del globo. La cooperación económica debe colocarse al nivel de estas muy acrecidas fuerzas productivas. Así se podrá ganar el máximo de tiempo en la competición económica con el capitalismo y hacer plenamente patente la superioridad del socialismo.

A los intentos de «integración» del imperialismo, la comunidad socialista opone una unión mucho más cohesionada, basada en la verdadera igualdad de los participantes, en la identidad de intereses y en los objetivos más humanos. El campo

socialista cumple a la maravilla la tarea de demostrar a todos los pueblos, en un breve plazo histórico, las ventajas y las inmensas posibilidades del modo de producción socialista y asegura a su economía progresos cada vez más rápidos que harán aumentar considerablemente la influencia del socialismo en el mundo.

El sistema de Estados socialistas, en tanto que comunidad política, ha ido adquiriendo cada vez más consistencia y vigor. La propaganda imperialista trata de presentar la lucha de emancipación de los trabajadores de los países capitalistas como una infiltración comunista de origen exterior, como un resultado de las maquinaciones de los Estados socialistas. En realidad, el movimiento comunista no es fomentado en absoluto desde fuera. La revolución socialista no se exporta, sino que se desarrolla en el interior de los países capitalistas sobre la base de las leyes internas de su evolución y de sus propias contradicciones.

Lo que sí es cierto es que los impetuosos progresos de los países socialistas en todos los terrenos son otros tantos testimonios a favor de la nueva concepción del mundo y otros tantos factores que aceleran el avance de la humanidad. Sus realizaciones sociales obligan ya a los imperialistas a conceder en una serie de países ciertos derechos y ventajas a los explotados.

Los pueblos de Asia y Africa que se han liberado del yugo colonial dirigen cada vez más la mirada hacia los países socialistas, buscando en ellos protección y apoyo contra las incesantes maniobras de los imperialistas. El tono de la mayoría de las intervenciones en la Primera Conferencia de los Estudiantes Africanos de Europa, celebrada el pasado verano, confirma esta actitud de confianza y simpatía hacia los países socialistas.

Los pueblos de Asia y Africa saben que tanto en el plano moral como en el plano diplomático, así como en el terreno científico y económico, cuentan para luchar contra la presión neocolonialista con el enérgico apoyo del campo socialista en general y con el de la Unión Soviética en particular.

Los países socialistas han abierto el camino a nuevas normas de la vida internacional y han mostrado al mundo un ejemplo de relaciones entre los pueblos auténticamente fraternales y en un pie de absoluta igualdad. Bajo la influencia de las ideas del socialismo, la lucha de los trabajadores por su emancipación y los movimientos democráticos de los pueblos

se confunden en una corriente mundial única que socava los cimientos del imperialismo.

El materialismo dialéctico, base teórica del marxismo-leninismo, marcha de éxito en éxito.

En Francia, como en el resto del mundo capitalista, asistimos a la intensificación de la lucha entre las dos ideologías, entre las dos concepciones del mundo. Somos testigos de los esfuerzos más refinados de todas las variantes del idealismo, desde el existencialismo ateo hasta el misticismo religioso, para combatir el materialismo dialéctico y tratar de impedir su expansión.

De aquí que nuestro Partido dedique tanta atención a los problemas de la filosofía y a las discusiones sobre temas filosóficos, sosteniendo esta lucha, según las necesidades, en los dos frentes.

Combatimos el revisionismo, que desvirtúa la verdad del marxismo y desacredita nuestra doctrina. Y con la misma energía luchamos contra el dogmatismo, contra el espíritu doctrinario y escolástico, pues el marxismo es enemigo de todo punto de vista conservador y de todo estancamiento.

A comienzos de junio de este año, el Comité Central de nuestro Partido recordó que la lucha en los planos económico y político exigía simultáneamente la lucha en el terreno ideológico, el esfuerzo de formación teórica de los militantes, el progreso del trabajo de educación en las filas comunistas. El Partido debe ser reforzado a la vez en el plano de las ideas y en el de la organización.

En la lucha contra el revisionismo y el dogmatismo se ha afianzado desde 1957 la unidad política y moral de los partidos comunistas del mundo entero. Para aquilatar el éxito obtenido bastará con recordar la relativa frecuencia de las tentativas revisionistas por parte de algunos elementos escisionistas o incluso de fracciones constituidas en una serie de partidos hace unos cinco años y la victoria decisiva que todos los partidos afectados, sin excepción, han obtenido sobre estas tendencias perniciosas. Las esperanzas de los oportunistas y de sus protectores burguesese han sido puestas en ridículo por la historia.

Las indicaciones de la Declaración de 1957 sobre la necesidad de aplicar correctamente los principios fundamentales del comunismo de conformidad con los rasgos específicos de cada nación han demostrado ser profundamente justas. Esta tesis no tiene nada que ver con una «adaptación» del marxis-

mo-leninismo a los distintos países. Cada Partido Comunista contribuye, en las condiciones de su país, al enriquecimiento de nuestra teoría y, al mismo tiempo, vela porque ésta no se desvirtúe con el pretexto de acomodarla a las particularidades locales, que no deben ser ignoradas ni exageradas.

Así es como se mantiene y se refuerza la unidad de pensamiento. No es menos necesaria la unidad de voluntad y de acción. El movimiento comunista mundial ha mantenido con éxito esta unidad y ha rechazado enérgicamente toda actividad fraccional destinada a quebrantarlo.

El papel de vanguardia desempeñado por el Partido Comunista de la Unión Soviética ha sido decisivo para la unidad del del movimiento comunista internacional, para su consolidación, para su desarrollo. El Partido Comunista de la Unión Soviética se guía por los principios del internacionalismo proletario en toda su actividad y particularmente en sus relaciones con los partidos hermanos. Ayuda con todas sus fuerzas al ascenso del campo socialista, al desarrollo del movimiento obrero y del movimiento de liberación nacional, al fortalecimiento de los partidos comunistas.

La experiencia acumulada por este gran Partido ha sido preciosa para todos los partidos hermanos, ayudándoles a evitar numerosos errores. De un modo general, la lucha resuelta del PCUS contra el culto de la personalidad y contra sus consecuencias ha sido comprendida correctamente, apoyada y aprovechada por el movimiento comunista internacional.

Esta lucha ha significado, en la URSS, el abandono de los métodos antileninistas de dirección del Partido y del Estado que eran un obstáculo para el avance. Ha marcado la derrota de las fuerzas que se aferraban al pasado y que se oponían a todo lo nuevo y creador y ha fortalecido al máximo los vínculos del Partido con las masas, con el pueblo.

Esta lucha ha tenido también la mayor importancia para el movimiento obrero de los demás países. Los partidos comunistas consideran, hoy más que nunca, que el respeto riguroso de las normas leninistas de vida del Partido, fundadas en el principio del centralismo democrático, es una ley inmutable de su actividad. Tomados en su conjunto, los históricos acuerdos del XX Congreso marcan el comienzo de una nueva etapa del movimiento comunista internacional y han contribuido poderosamente a su ulterior desarrollo.

Sobre este fondo, la Conferencia de 1957 aparece como una brillante prueba del ascenso de las fuerzas del comunismo en

el mundo entero. Este crecimiento no ha cesado desde hace cinco años. Al echar una ojeada sobre el camino recorrido, los comunistas de todo el mundo pueden, a despecho de la complejidad de las tareas y de todas las dificultades, comprobar con orgullo los éxitos obtenidos por ellos.

POR UNA AMPLIA ALIANZA ANTIMONOPOLISTA

El último capítulo de la Declaración de 1957 estaba dedicado a las tareas de los partidos comunistas.

En los países capitalistas, decía el documento, deben esforzarse por concentrar los golpes de la clase obrera y de las masas populares contra las agrupaciones monopolistas del gran capital, cuyos intereses se enfrentan cada vez más a los intereses de todas las demás capas de la sociedad. De lo que se trata es de reagrupar, bajo la dirección de la clase obrera y de su partido revolucionario, a los sectores más amplios de la población para defender la paz y las libertades, mejorar las condiciones de vida de las masas y acabar con el dominio de los monopolios.

Tres años más tarde, la Declaración de 1960 precisaba que, al mismo tiempo que se agrava la fundamental contradicción de clase de la sociedad burguesa, la contradicción capital-trabajo, se agudiza el antagonismo entre el puñado de monopolistas y todas las capas de la población.

Esto es lo que estamos viendo en Francia, donde el poder degolista aparece como la expresión concentrada del dominio de los monopolios y de la alta banca. Los grupos financieros más poderosos gobiernan directamente y pueden hacer prevalecer sus intereses egoístas en detrimento de los derechos y del bienestar de todos los franceses.

Ya hemos hablado de la eliminación masiva de los pequeños campesinos, de los artesanos y de los pequeños comerciantes, así como de las dificultades económicas de las empresas no monopolistas. Ante la clase obrera se perfila la posibilidad de una alianza con capas más extensas.

La defensa de las libertades democráticas abre a la vez perspectivas de unión de amplias fuerzas políticas. Estas libertades son pisoteadas por el general De Gaulle, que se esfuerza cada vez más por adoptar la postura de jefe providencial y de supremo salvador. Con el referéndum de octubre piensa dar a su poder bases plebiscitarias que recuerdan a las del bonapartismo.

El argumento invocado por él es que su autoridad resulta necesaria para evitar el caos, la guerra civil y el fascismo de la OAS. Pero la realidad es que esa amenaza del fascismo se ve favorecida por el poder personal, nacido a su vez del complot faccioso de 1958. Los atentados y la agitación fascista van en aumento. El poder personal es impotente para llamar al orden a los facciosos de la casta militar, de la que él mismo procede.

Por eso aumenta entre todos los antifascistas y todos los demócratas el deseo de unidad para imponer la liquidación de la OAS, para aplastar el peligro fascista, para defender la libertad contra el gobierno autoritario, para decir «no» en el nuevo plebiscito degolista.

Debemos añadir que la reaccionaria política cultural de este Gobierno ha suscitado la preocupación de muchos franceses, sobre todo entre los intelectuales. El oscurantismo en materia escolar y la clericalización del Estado despiertan grandes protestas. Nuevas fuerzas se incorporan a la lucha.

Ya en 1959, el Congreso del Partido Comunista Francés trazó el plan estratégico de agrupamiento de todas las capas de la población lesionadas en sus intereses por los monopolios, preconizó la convergencia de todos los movimientos económicos, políticos y sociales orientados contra esos monopolios y contra su expresión política, el poder personal. El Congreso dio alientos a la voluntad de la clase obrera francesa de hacer efectiva la unión de los campesinos, las clases medias urbanas, los intelectuales y la burguesía pequeña y media contra los trusts y su política de expoliación y de opresión reaccionaria.

La gran burguesía percibió claramente el peligro de esta orientación y movilizó contra ella a los revisionistas de toda laya. Estos sostienen demagógicamente que el papel de la clase obrera «progresista» no consiste en aliarse con los campesinos y con los pequeños productores «retrógrados», sino, por el contrario, en unirse sobre el terreno del progreso técnico con los capitalistas «avanzados», es decir, en apoyar a los tiburones más poderosos de la fauna monopolista.

En consonancia con esto, los revisionistas han propuesto una política supuestamente positiva de «inclusión» de la clase obrera y de sus organizaciones en el Mercado Común. Si se tratase de una lucha real contra las nefastas consecuencias del Mercado Común para los trabajadores no habría necesidad de hablar de ello, pues nuestro Partido ha reivindicado en vano, desde 1956, el derecho de los explotados a hacer oir su

voz en los llamados organismos europeos. Pero de lo que se trata en realidad es de frenar la lucha reivindictativa y política contra los monopolios y sus uniones internacionales.

El buen sentido de los trabajadores les ha hecho preferir la línea de la Declaración de 1957 a esos pérfidos consejos. Ellos saben muy bien que la fuerza de atracción de las ideas socialistas es cada vez mayor, sobre todo para los campesinos trabajadores y los intelectuales. Y ven claramente que el acercamiento entre todos los sectores víctimas de los monopolios hasta llegar a la confluencia de sus diversos movimientos en una poderosa y única corriente es una necesidad objetiva para establecer en Francia una democracia auténtica.

La verdadera democracia asestará un golpe sensible a los monopolios al proceder a extensas nacionalizaciones y al instaurar una gestión democrática de los sectores nacionalizados con amplia participación de los sindicatos obreros y de los comités de empresa. La Declaración ha ayudado a hacer luz en esta cuestión definitiva.

¿Qué representan tales nacionalizaciones? Son medidas democráticas de importancia primordial: en el plano económico, por cuanto disminuyen la potencia directa de los círculos monopolistas; en el plano político, por cuanto debilitan la presión del capital financiero sobre la marcha de los asuntos públicos y contribuyen a aislar a las fuerzas más reaccionarias. Limitar el nefasto poderío de los monopolios es permitir que la clase obrera y su Partido, así como todos los aliados de la clase obrera puedan jugar un papel más considerable en el Estado. Esto equivale a dar un paso importante por el camino del progreso social y satisfacer los intereses de la mayoría de la nación.

Pero tales nacionalizaciones no son el socialismo. Ciertamente, la gallina hambrienta con maíz sueña, y los revisionistas, que sólo piensan en el modo de esquivar la necesidad de la revolución socialista, se esfuerzan por hacer creer que las nacionalizaciones democráticas son ya el socialismo. Tratan de embarullar esta clara noción. Las nacionalizaciones no suprimen el régimen capitalista, pero, combinadas con un poder democrático, pueden facilitar el avance hacia el socialismo.

Obligar a los trusts a retroceder y quebrantar su dominación económica mediante la nacionalización de la gran industria, a la vez que el poder pasa a manos de un Gobierno del frente antimonopolista, que se amplían en las empresas los

derechos de los trabajadores y de sus organizaciones, que la tierra es entregada a los que la trabajan y que se ayuda a los pequeños productores rebajando los impuestos y concediéndoles subvenciones y crédito barato, todo eso equivale a convencer en la práctica a las amplias capas no obreras de la utilidad de las acciones comunes con el proletariado, equivale a elevar la actividad política de todo el pueblo, a convertir la lucha por la democracia en parte integrante de la lucha por el socialismo.

En el curso de esta obra democrática, los comunistas pueden estrechar continuamente sus vínculos con las masas, elevar la conciencia política de todos los trabajadores, hacer comprender a todo el pueblo los objetivos y la necesidad de la revolución socialista. Entonces se abrirán ante la clase obrera perspectivas mucho más favorables y aparecerá la posibilidad del paso pacífico al socialismo.

La clase obrera y su vanguardia marxista-leninista aspiran a realizar la revolución de un modo pacífico. Ello corresponde tanto a los intereses de la economía como a las preferencias subjetivas de los trabajadores. La eventualidad de un desarrollo pacífico de la revolución se presenta cuando la clase obrera y sus aliados tienen una superioridad de fuerzas aplastante que obliga a la gran burguesía a ceder. Toda la política de la alianza antimonopolista tiende precisamente a crear en el futuro una situación de esta índole. Cuando los obreros comunistas se entregan en las difíciles condiciones actuales a forjar el frente más amplio posible contra el poder de los monopolios, no se apartan del camino que conduce a la realización de su ideal, sino que preparan las condiciones previas para la reorganización socialista del país.

Ciertamente, desde 1957 se ha enriquecido la teoría de la revolución proletaria y del Estado. En particular, el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, a la vez que confirmó la teoría marxista-leninista de que la victoria del socialismo no puede ser alcanzada más que con la dictadura del proletariado, mostró que en el período de la edificación del comunismo en todos los frentes las tareas internas de esta dictadura ya han sido cumplidas. A partir de este momento surge el Estado de todo el pueblo.

Es esta una valiosa adquisición de la teoría que, naturalmente, no reduce la importancia de la Declaración de 1957.

La Conferencia de los partidos comunistas y obreros dedicó mucha atención al problema de la cooperación con los partidos

socialistas, confirmando las justas y oportunas conclusiones a que había llegado en esta materia el XX Congreso del PCUS. La Conferencia consideró necesario que el frente único se realice no sólo en la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores, por el mantenimiento y la ampliación de los derechos democráticos, por la independencia nacional y por la paz, sino también en la batalla ulterior por la conquista del Poder y por la construcción del socialismo.

Los congresos del Partido Comunista Francés han subrayado en este sentido que la cooperación con el Partido Socialista no sólo es deseable y necesaria para la lucha reivindicativa y la política actual, sino también en el futuro, para la realización del socialismo.

Los trabajadores socialistas y comunistas, hombro con hombro, ya sostienen luchas reivindicativas en las empresas. La posición del Partido Socialista es idéntica a la del Partido Comunista en la batalla del nuevo referéndum: los dos partidos invitan a decir «no» al reforzamiento del poder personal. Los dos partidos se oponen a la «fuerza de golpeo» degolista y coinciden en la defensa de la laicidad de la escuela y del Estado.

En el programa del Partido Socialista figuran ciertas nacionalizaciones. Por eso, también en ese dominio esencial existen posibilidades de convergencia y de entendimiento.

Bajo la presión de los trabajadores se ha establecido el acuerdo entre las organizaciones de los dos partidos en elecciones locales significativas y en las recientes elecciones al Senado. Albert Gazier, dirigente del Partido Socialista y ex ministro, acaba de pronunciarse públicamente en favor de la discusión con los comunistas.

Por consiguiente, y a pesar de que la mayoría de los dirigentes del Partido Socialista siguen oponiéndose a la unidad de acción, las posibilidades de frente único se hacen mayores. Un viento de unidad, siquiera todavía débil, se levanta entre las masas, pues los dos partidos, tan divididos hace unos cuantos años en la apreciación del poder degolista y de su Constitución, se encuentran en un mismo campo en la prueba del referéndum y juntos además con otras muchas fuerzas y partidos democráticos. En particular, sostenemos una acción común en diversos planos con la otra organización socialista, el Partido Socialista Unificado, entre cuyo programa y el nuestro existen también ciertas concordancias.

Debe apreciarse en todo su valor el hecho de que, ante la nueva situación, las masas comienzan a cobrar conciencia de las posibilidades de unidad y adquieren más seguridad en sus acciones.

El Partido Comunista no escatimará esfuerzos para conseguir un sólido frente único de comunistas y socialistas. Su lema es la unidad de la clase obrera y la unión de todas las fuerzas democráticas contra los monopolios y su poder, por la defensa de los intereses de todos los trabajadores.

■

La Conferencia de 1957 había previsto que ante el movimiento comunista internacional habrían de surgir nuevos problemas e incluso dificultades, que las fuerzas imperialistas multiplicarían sus intentos de impedir el avance de la sociedad hacia una nueva era. Estos intentos del capitalismo con vistas a sobrevivir pueden proporcionarle provisionalmente ciertos resultados; tal es el caso del Mercado Común.

Mas, como decía la Declaración, «no hay dificultad ni recodo que pueda hacer cambiar las leyes objetivas del desarrollo histórico ni quebrantar la gran decisión de la clase obrera de transformar el viejo mundo y de crear un mundo nuevo». A los intentos de impedir su avance, los comunistas han respondido con una nueva consolidación de su unidad y de su cohesión.

Mientras el mundo capitalista ha entrado en una nueva fase de su crisis general, mientras intensifica la explotación del hombre y la opresión de los pueblos, la «crisis del comunismo» proclamada por los burgueses y los revisionistas no ha pasado de ser un aserto absurdo. El movimiento comunista crece y se vigoriza. El programa de la construcción del comunismo en la URSS, aprobado por el XXII Congreso, ha encendido los corazones de todos los que luchan por la felicidad y el progreso, por la libertad y la paz, por el socialismo.

El siglo XX figurará en la historia como la época de las transformaciones revolucionarias que abrieron a los pueblos la vía del comunismo. No pasa año sin que el mundo capitalista reciba poderosos golpes del movimiento revolucionario. Se derrumban los bastiones del imperialismo, se rompen las cadenas de la esclavitud colonial y el viejo mundo de la explotación y la opresión camina hacia su fin ineluctable.

ALGUNAS CUESTIONES DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

BORIS PONOMARIOV

Secretario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética

Ha pasado un año desde la fecha en que el Partido fundado por el gran Lenin, el Partido que ha alcanzado las grandiosas victorias del socialismo, aprobó su nuevo Programa, que ilumina el camino hacia el comunismo, sueño secular de toda la humanidad. La fuerza y la trascendencia universal del Programa del PCUS residen en que en él se conjugan la síntesis teórica de los principales elementos del proceso revolucionario mundial contemporáneo con los planes concretos destinados a asegurar su triunfo en el eslabón fundamental, que es la edificación del comunismo en la URSS y la creación de una sociedad socialista madura en los países de democracia popular.

En nuestro planeta se está librando actualmente una batalla gigantesca entre las fuerzas de la paz, la democracia y el comunismo y las fuerzas de la guerra, la reacción y el imperialismo.

La sociedad humana no ha conocido en su larga historia una lucha por la renovación social de las proporciones de la lucha actual. El rasgo distintivo de este proceso es que se desarrolla en unas condiciones de paz, de competición pacífica de dos sistemas sociales, a la vez que la principal tendencia histórica de que es portador consiste en el avance acelerado de la humanidad hacia el comunismo, en el continuo incremento de las fuerzas económicas, políticas e ideológicas del socialismo, en la amplia difusión de las ideas del marxismo-leninismo.

La principal tendencia histórica de la época actual se abre paso en medio de una encarnizada lucha de clases, en la que cambian rápidamente la situación concreta y las condiciones de la acción revolucionaria. Crecen y se multiplican las fuer-

zas motrices de la revolución mundial. Al mismo tiempo se producen dos procesos que se encuentran relacionados entre sí: como la presión de los monopolios se extiende cada vez más y afecta no sólo a la clase obrera, sino a los campesinos, a amplios sectores de la intelectualidad y a las capas medias en general, se está desarrollando en los países capitalistas un proceso de constitución del *frente único antimonopolista;* en el ámbito internacional se manifiesta con creciente nitidez la tendencia a la formación del *frente antiimperialista* mundial, llamado a agrupar a los países socialistas, a los pueblos que han conquistado la independencia nacional y a los que luchan por ella, a la clase obrera y a todas las fuerzas democráticas y progresistas de los Estados capitalistas.

El aumento de las favorables premisas objetivas del desarrollo de la revolución socialista mundial eleva la significación del factor subjetivo, acrecienta la responsabilidad histórica de los comunistas por el acierto de su política y exige de ellos que estudien y sinteticen con sentido creador las condiciones de la lucha, para perfeccionar continuamente sobre esta base su táctica y toda su acción política. El éxito de la actividad transformadora revolucionaria de esta combativa vanguardia de toda la humanidad depende en primer término del fortalecimiento de la unidad del movimiento comunista mundial.

1. CAMBIO RADICAL EN LAS CONDICIONES HISTORICAS DE LA LUCHA REVOLUCIONARIA

El movimiento revolucionario, dondequiera que hoy se desarrolle, lo hace en las condiciones creadas por la existencia del poderoso Estado soviético y del sistema socialista mundial. Cada vez es más patente la vinculación orgánica de las actuales transformaciones sociales con la Revolución de Octubre, con el triunfo del socialismo en la URSS, con los éxitos del sistema socialista mundial.

El Programa del PCUS realiza un profundo análisis de la esencia y las formas de la influencia revolucionaria ejercida por el sistema socialista mundial sobre el desarrollo de la humanidad y muestra que las condiciones de la coexistencia pacífica son las que hacen más fecunda dicha influencia. El nivel alcanzado en la actualidad por las fuerzas productivas, que ha permitido crear armamentos de poder destructivo jamás visto, ha convertido en necesidad imperativa la coexistencia pacífica entre Estados con sistemas sociales opuestos. El pre-

venir la guerra nuclear es premisa para realizar la revolución socialista mundial en una forma que no ponga en peligro las conquistas de la civilización universal y la propia vida de muchos pueblos, es decir, en la forma más acorde con los intereses de las masas y con el carácter humanista de nuestra gran doctrina.

Por eso, el principio de la coexistencia pacífica determina la línea general de la política exterior del PCUS y de los demás partidos marxistas-lenistas y es para ellos la expresión concreta del lema proclamado en la Declaración de 1957: la lucha por la paz es la tarea primordial de los comunistas de todos los países.

Librar a la humanidad de una conflagración universal y acabar con la explotación y la miseria en todo el mundo es una misma tarea revolucionaria de los marxistas-leninistas. Los comunistas, que conocen bien la naturaleza agresiva del imperialismo y su esencia reaccionaria, llaman a los pueblos a manifestar la máxima vigilancia y a desplegar acciones enérgicas y resueltas contra los incendiarios de guerra, encabezados por los círculos reaccionarios de Estados Unidos. Los agresivos círculos imperialistas preparan una nueva guerra mundial, fortalecen los bloques militares, intensifican la carrera de los armamentos y perpetran actos de agresión contra la Cuba revolucionaria y otros países. Los tiburones imperialistas estarían dispuestos a exterminar a todos los pueblos de los países socialistas. Pero las fuerzas del imperialismo no son hoy las de antaño. Las revoluciones socialistas y las revoluciones nacional-liberadoras han asestado duros golpes al sistema imperialista mundial y han reducido las posibilidades de los imperialistas de recurrir a la intervención militar para imponer a los pueblos su «orden» y estrangular la revolución.

Es muy significativa para el desarrollo del movimiento revolucionario la frustración de los intentos del imperialismo norteamericano de exportar la contrarrevolución a la República de Cuba. Los imperialistas yanquis vienen realizando, desde el primer día del triunfo de la revolución cubana, innumerables tentativas de asfixiar la nueva Cuba, de implantar allí un régimen reaccionario. El heroico pueblo cubano ha rechazado todas las provocaciones, comprendida la intervención de los mercenarios de Estados Unidos en 1961. Pero los círculos monopolistas y militaristas yanquis no sacaron de esto las debidas enseñanzas, y en octubre de 1962 se dispusieron abiertamente a organizar la intervención militar. En esta compleja

situación se manifestó con extrema nitidez el poderío de la Unión Soviética y de todo el campo socialista. Dieron su resultado la sabia y flexible política del PCUS y del Gobierno cubano y el enorme apoyo representado por las airadas protestas de la opinión mundial contra las acciones aventureras y provocadoras de los imperialistas norteamericanos, que crearon un verdadero peligro de nueva guerra mundial.

Una vez más se ha conjurado la amenaza que pendía sobre la revolución cubana. Cuba puede proseguir su desarrollo por la senda que ha escogido su pueblo, por la senda del socialismo. Claro está que no se puede debilitar de ningún modo la vigilancia frente al imperialismo norteamericano y las demás fuerzas reaccionarias. Es preciso reforzar la lucha por la seguridad de Cuba y la consolidación de la paz universal.

La feliz solución para las fuerzas de la paz y del socialismo de la gravísima crisis creada por el intento de agredir a Cuba anima a las fuerzas revolucionarias de todo el mundo y muestra que han pasado los tiempos en que los imperialistas aplastaban los movimientos progresistas (como hicieron Estados Unidos en Guatemala), muestra que la clase obrera y las masas populares, cuando han conseguido derrotar a los explotadores y establecer un régimen socialista, tienen ahora todas las posibilidades de seguir avanzando con paso firme por el camino elegido.

El análisis de la situación actual deja ver los enormes resultados positivos que puede brindar a la sociedad humana una paz duradera y, con mayor motivo, una paz permanente. Dada la superioridad cada vez mayor del socialismo sobre el capitalismo, dada la nueva alineación de las clases en los países capitalistas, la exclusión de las guerras mundiales de la vida de la sociedad permitirá a los pueblos y a la humanidad en su conjunto llegar al socialismo con un mínimo de pérdidas sociales y materiales, con un mínimo de sufrimientos y de sacrificios humanos y, en fin de cuentas, en plazos históricos más breves.

A veces tropezamos con intentos de contraponer la coexistencia pacífica a la lucha revolucionaria de liberación de pueblos y clases. Pero tales intentos no hallan confirmación en la vida, en el desarrollo real de la sociedad y están en contradicción con la teoría marxista-leninista. La revolución, como es sabido, surge siempre de las necesidades objetivas del desarrollo de la sociedad. Y en nuestra época, saturada de transformaciones revolucionarias, todo el curso del desarrollo

social predetermina la necesidad del paso al socialismo. La lucha de clases es la fuerza impulsora de tal paso, y la coexistencia pacífica, lejos de restringir el campo de esa lucha, le abre por el contrario nuevos espacios.

El proceso revolucionario es, por su esencia, un proceso único, pero tiene dos aspectos: uno interior y otro exterior, internacional. Ambos están órganicamente vinculados entre sí, se influyen recíprocamente y se desarrollan en concordancia con las leyes objetivas generales de la revolución. Al mismo tiempo, cada uno de ellos tiene sus esenciales particularidades específicas, que ejercen una influencia determinante sobre la evolución y las formas de la lucha de clases. La tarea de los partidos marxistas-leninistas consiste en descubrir y fundamentar en cada nueva etapa las formas de la lucha de clases que en las condiciones dadas aseguren plenamente el logro de los objetivos revolucionarios y ayudar por todos los medios al desarrollo de las mismas. *Como se señala en la Declaración de 1960, una de esas formas de la lucha de clases en el plano internacional es la coexistencia pacífica entre Estados de sistemas sociales distintos.*

Ahora bien, ¿puede desarrollarse en estas condiciones el movimiento revolucionario? ¿Dispone ahora el movimiento revolucionario de efuerzas y de medios económicos, políticos e ideológicos suficientemente eficaces para desplegar una ofensiva continua contra el capitalismo y para asegurar el paso de todos los pueblos a la senda del socialismo?

Los problemas del paso al socialismo se resuelven en uno u otro país, como es sabido, por las fuerzas revolucionarias nacionales, en el curso de una encarnizada lucha de clases que se libra en las más diversas formas, pacíficas y no pacíficas. La coexistencia pacífica de Estados con distintos regímenes sociales amplía las posibilidades de tomar el Poder mediante las formas pacíficas de lucha, pero no excluye en modo alguno el empleo de formas no pacíficas, si así lo exige la situación y se dan las condiciones necesarias para ello.

La vida enseña que bajo las condiciones de la coexistencia pacífica tiene lugar una ofensiva continua del socialismo mundial contra las posiciones del capitalismo mundial. *El sistema socialista dispone de poderosos resortes económicos, políticos e ideológicos* para ejercer una acción transformadora revolucionaria sobre la marcha del desarrollo social.

El principal campo de la lucha entre los dos sistemas es la emulación *en la esfera de la producción material.* La ofensiva

económica del socialismo difiere radicalmente de la guerra económica a que con frecuencia recurren los capitalistas. El socialismo rechaza por principio el empleo de métodos imperialistas como el bloqueo económico, el sojuzgamiento económico de totros países, la discriminación comercial. El reto económico lanzado por el socialismo al capitalismo consiste ante todo en que el régimen socialista revela y muestra en la práctica las ventajas de las nuevas relaciones sociales. En el curso de la coexistencia pacífica se decide un debate de trascendencia histórica universal: ¿qué sistema es mejor, cuál de ellos, el socialista o el capitalista, es capaz de ofrecer una más alta productividad del trabajo y asegurar una vida mejor a todos los hombres?

Esta es justamente la lucha económica que el socialismo impone al capitalismo. El socialismo está convencido de que su victoria será completa y que ella significará un golpe demoledor para todo el sistema de relaciones capitalistas.

La creación de las más potentes fuerzas productivas, con ayuda de las cuales la Unión Soviética y los demás países socialistas aventajarán al capitalismo mundial en cuanto al volumen de producción y asegurarán a sus ciudadanos el más alto nivel de vida, marcará en un futuro próximo la culminación del proceso de transformación del sistema socialista en el factor decisivo del desarrollo mundial. Ello contribuirá a acercar la hora de la total liquidación de las sociedades explotadoras en todo nuestro planeta.

El sistema socialista sostiene en el plano internacional *una lucha política muy eficaz* contra la reacción. Por su esencia y por sus métodos, esta lucha también se distingue radicalmente de la política imperialista de bandolerismo internacional. Los imperialistas, com es sabido, se inmiscuyen en los asuntos internos de otros países, tratan de exportar la contrarrevolución, organizan golpes de Estado, utilizan la fuerza de las bayonetas para imponer sangrientos dictadores a otros pueblos, sobornan a ministros y a gobiernos enteros, recurren a todos los medios para frenar el progreso social.

La actividad política de los países socialistas excluye la ingerencia en los asuntos internos de otros países. Su objetivo es prestar ayuda a todos los pueblos que defienden su independencia, mantener la causa de la paz, contribuir a la unión de todas las fuerzas progresistas, democráticas y pacíficas en un sólido frente antiimperialista mundial. Los países socialistas influyen en el curso de los acontecimientos mediante el

ejemplo de una organización más perfecta de la sociedad. En este plano tiene una gran importancia el sucesivo desarrollo de la democracia socialista. Las ventajas del socialismo se destacan con particular relieve sobre el telón de fondo de la crisis de la democracia burguesa, de los intentos que realizan los monopolios por pasar a métodos de gobierno abiertamente dictatoriales y fascistas.

Con la coexistencia pacífica adquiere particular significación la *lucha ideológica.* Esta hace más activos y eficaces los otros medios de lucha —económicos y políticos— por el triunfo del socialismo en escala mundial. Cuanto más enérgica y eficiente sea la ofensiva de las ideas del mundo socialista contra la canibalesca ideología del capitalismo y del colonialismo, mayores serán la cohesión y la seguridad de los combatientes por la paz, más firme y estable será la propia coexistencia pacífica y más próximo el triunfo del socialismo.

El continuo incremento del poderío económico y del prestigio político e ideológico del socialismo ya ha hecho cambiar el fondo histórico de la lucha de clases, acelera el proceso de aceptación de las posiciones socialistas por nuevos y nuevos destacamentos de las clases trabajadoras y contribuye a modificar la correlación entre las fuerzas progresistas y reaccionarias en lucha.

La Unión Soviética ejerce sobre el proceso revolucionario una influencia que aumenta en progresión creciente. El primer Estado proletario del mundo, desde los primeros días de su existencia, cuando aún era relativamente débil, atraía como un faro, y sigue atrayendo hoy día, a todos los oprimidos. La creación de la sociedad socialista y de la ciencia, comprobada en la práctica, de la edificación del socialismo, el papel decisivo en la derrota del fascismo, la ayuda a la formación y consolidación de los países de democracia popular y su protección frente a los buitres imperialistas, tales son los eslabones de la influencia real del régimen soviético sobre el curso de la historia. En la actualidad, la URSS y los demás países socialistas desempeñan el principal papel en la tarea de salvar a la humanidad de los horrores de una guerra termonuclear. La edificación de la sociedad de la Paz, el Trabajo, la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad y la Dicha es considerada por el Partido leninista como una gran tarea internacional del pueblo soviético, como una tarea que responde a los intereses de todo el sistema socialista, del proletariado mundial y de toda la humanidad.

Vemos, pues, que en una situación de impetuoso crecimiento del socialismo y de debilitamiento de todas las posiciones del capitalismo, la coexistencia pacífica de los Estados con dos sistemas sociales opuestos crea todas las posibilidades para el fecundo desarrollo de todos los movimientos revolucionarios.

Evidentemente, sigue siendo un hecho incontrovertible que todos los problemas relacionados con las transformaciones democráticas y socialistas en los países capitalistas se resuelven por el movimiento de masas, por la lucha de los trabajadores de cada país en las formas específicas que corresponden a la base nacional, a la situación histórica concreta y a los principios generales de la teoría marxista-leninista del desarrollo social.

2. EL MOVIMIENTO DE LIBERACION NACIONAL EN LA ETAPA PRESENTE

En los años de posguerra, más de cincuenta antiguas colonias han conquistado su independencia política. La más importante victoria alcanzada en estos últimos tiempos por la lucha de liberación nacional ha sido el triunfo del heroico pueblo argelino, que ha conseguido arrancar a su país de las garras de los colonialistas franceses. Ha tenido gran importancia la liberación por el pueblo indio de sus tierras tradicionales de Goa, Daman y Diu, ocupadas por los colonialistas portugueses, así como la liquidación del dominio de los colonialistas holandeses en Irián Occidental merced a la lucha del pueblo indonesio. La revolución en Yemen, que ha puesto fin a un régimen despótico, abre una nueva página en la vida de este país y muestra que el viento de la libertad ha llegado también a la Península Arábiga, donde unas monarquías anquilosadas, en estrecha alianza con los monopolios imperialistas, mantienen a los pueblos en un cautiverio medieval.

Los acontecimientos del período de posguerra demuestran que cuanto más reales iban siendo las perspectivas de la coexistencia pacífica (al ir creciendo el poderío de la Unión Soviética y de todo el campo socialista), más amplio y profundo era el proceso de desmoronamiento de los imperios coloniales bajo los golpes asestados por el movimiento de liberación de los pueblos. La indisoluble conexión orgánica de estos dos fenómenos es evidente.

El hecho fundamental es que los pueblos que luchan por su independencia cuentan con el apoyo del campo socialista, el

cual, como ya ha sido demostrado en múltiples ocasiones, dispone de todo lo necesario para ayudar a estos pueblos a frustrar la exportación de la contrarrevolución.

La trascendencia de la relación existente entre los éxitos de la lucha de liberación nacional y la fuerza e influencia crecientes del socialismo es todavía mayor en la nueva etapa, cuando esta lucha destaca en primer plano los problemas de orden preferentemente económico, cuya solución habrá de asegurar la verdadera y plena independencia de los pueblos.

Los imperialistas utilizan diversos resortes políticos para conservar su influencia en los países que han alcanzado la independencia política. Pero lo decisivo siguen siendo los métodos económicos del «neocolonialismo», estrechamente ligados a la estrategia de la guerra fría. La política colonial aparece ahora como uno de los elementos de la «estrategia global» del mundo capitalista en sus desesperados intentos de detener la inexorable marcha de la historia. Así lo confirma también la «internacionalización», cada vez más evidente en los últimos años, de la política colonial. Las potencias imperialistas tratan «colectivamente» de mantener y consolidar su dominio, no sólo en los países que ellas han conseguido arrastrar a sus agresivos bloques militares, sino también en los países neutrales, recurriendo para dicho fin, entre otras cosas, al Mercado Común, con el que ya han sido obligados a «colaborar» 16 países africanos. Semejante «colonialismo colectivo» no suprime las contradicciones interimperialistas, pero su aparición, lo mismo que la lucha general contra el «neocolonialismo», deben ser considerados en íntima conexión con la principal contradicción de la época actual y a la luz del alineamiento de fuerzas en la palestra mundial.

El carácter innovador del Programa del PCUS y su importancia para comprender bien y desarrollar con éxito el movimiento de liberación nacional residen, entre otras cosas, en que en él no se considera a dicho movimiento como una fuerza auxiliar (una «reserva») de la revolución socialista, sino como parte integrante de una y la misma lucha mundial, cuyo resultado habrá de ser la desaparición del capitalismo de la faz de la tierra. El Programa del PCUS ha puesto en claro la conexión interna y la interinfluencia de los tres grandes movimientos progresistas de la época actual: la lucha por el socialismo, el movimiento de liberación nacional y la lucha por la paz. El debilitamiento de cualquiera de ellos repercute desfavorablemente en los otros sectores del desarrollo progre-

sista. Y viceversa, los éxitos reales de cualquiera de ellos aceleran el progreso social en su conjunto. Y esto significa que sólo en las filas comunes de todos los movimientos progresistas es como se puede resolver definitivamente el problema de la liberación nacional. Por eso sería un peligroso error considerar que la lucha por la paz y el desarme general es algo ajeno al movimiento nacional-liberador. Dicha lucha no sólo tiene una significación positiva para este movimiento, sino que además está orgánica y objetivamente vinculada con él.

La consolidación de la coexistencia pacífica y el desarme significarían la liquidación de todos los bloques militares, incluidos aquellos que han envuelto en sus mallas de hierro a países no socialistas y que son el vehículo de toda suerte de ingerencias de los imperialistas en los asuntos internos de otras naciones. El desarme significaría la supresión de las bases militares, la evacuación de tropas y barcos extranjeros (utilizados para apoyar a la reacción local) de los territorios y aguas territoriales de diversos países. El debilitamiento —y en circunstancias propicias, la desaparición— de la presión político-militar exterior permitiría que las contradicciones sociales se resolviesen sobre la base de la correlación de las fuerzas de clase de cada país, establecida de un modo natural en el curso de la lucha. De esta suerte se aceleraría la necesaria e ineludible unidad de las fuerzas del progreso y su triunfo.

La desinteresada ayuda de los países socialistas es un aporte directo y seguro a la base material de la plena independencia de los pueblos liberados de la dominación colonial. Esa ayuda intensifica el interés por el socialismo, engendra el deseo de dominar sus métodos de creación de una economía floreciente, es un apoyo moral a las fuerzas progresistas de los jóvenes Estados y contribuye a su cohesión y a la búsqueda de acertados caminos nacionales para el desarrollo progresista. En tal situación, el crecimiento de la clase obrera, otros cambios de carácter progresista en la estructura social y la mayor actividad de toda la población crean la posibilidad de que cada antigua colonia se desarrolle en fin de cuentas por un camino no capitalista. Mas la decisión en cuanto al camino, al modo de seguirlo y al momento depende de los propios pueblos.

El Estado de democracia nacional es una forma eficaz de resolver estos problemas, pues permite cohesionar a todas las fuerzas progresistas, desde la burguesía nacional, la intelectualidad y la pequeña burguesía hasta la clase obrera. Esta,

elevando su conciencia política y su organización hasta llegar a constituir el partido marxista-leninista y estableciendo y consolidando su alianza con los campesinos, ha de desempeñar un papel cada vez mayor en el ascenso social de su pueblo, al que asegurará el camino del verdadero progreso, el camino del socialismo. Las variantes concretas de la marcha por este camino pueden ser de una diversidad infinita. Pero los pueblos que rompen con el imperialismo habrán de emprender inevitablemente, tarde o temprano, este camino.

Es preciso subrayar que la coexistencia pacífica favorece *todas* las formas de la lucha de liberación.

El desarme general presupone, como es natural, la supresión de las armas de guerra entre las naciones, tanto por parte de los Estados socialistas como por parte de los Estados capitalistas. Esto aumenta, indudablemente, las posibilidades de expulsar a los colonizadores, que se verán desprovistos de armas. Y si los imperialistas no se fuesen, los pueblos se alzarían a la lucha y los arrojarían por la fuerza en una justa guerra de liberación. Lo mismo cabe decir respecto a los atentados de los imperialistas contra la independencia ya alcanzada.

Los pueblos de muchos países y territorios aún gimen bajo el yugo de los colonialistas. Esos pueblos no quieren resignarse a la dominación extranjera. Los pueblos de Angola luchan heroicamente con las armas en la mano contra los colonialistas portugueses, despertando la ardiente simpatía de todos los hombres progresistas. Los pueblos subyugados de Africa del Sur intensifican la lucha contra la sangrienta dictadura, que asfixia las nobles manifestaciones de todo anhelo de libertad. Los colonialistas tratan por todos los medios de conservar las colonias que aún perduran, pero bajo los golpes de los luchadores del movimiento de liberación nacional habrán de hundirse indefectiblemente los últimos bastiones del colonialismo. Todos los pueblos tienen derecho a gozar de la libertad nacional y la conseguirán.

Los países socialistas, los comunistas de todos los países han prestado y seguirán prestando la ayuda y el apoyo necesarios a los pueblos que luchan con las armas en la mano contra toda suerte de colonialistas. Y esto no sólo no se halla en pugna con la coexistencia pacífica, sino que, por el contrario, la refuerza, pues obliga a respetar uno de sus principios básicos: el derecho de todo pueblo a decidir de su suerte y a ser el amo en su casa.

La heroica Cuba es un símbolo del triunfal movimiento de

liberación nacional de nuestra época. La revolución cubana surgió y alcanzó la victoria en una situación de coexistencia pacífica y resistió con éxito los embates del desenfrenado imperialismo norteamericano. Cuba ha podido afirmar su independencia política porque arrancó de cuajo las raíces de la dominación imperialista extranjera en su suelo y emprendió el camino de las verdaderas transformaciones económico-sociales revolucionarias. Los dirigentes cubanos, encabezados por Fidel Castro, han sabido agrupar bajo la bandera del marxismo-leninismo a las mejores fuerzas, a las fuerzas más sanas de la nación. El ejemplo del heroico pueblo de la Cuba revolucionaria despierta la admiración de todas las fuerzas progresistas del mundo.

En las actuales condiciones se reduce el plazo de transformación de la revolución nacional-liberadora en revolución socialista. Esto se ha hecho posible gracias a la influencia del socialismo sobre el desarrollo mundial, al crecimiento numérico y a la mejor organización de los destacamentos nacionales de la clase obrera, a la creciente influencia de los comunistas en cada país y a la ayuda de la clase obrera internacional.

Un nuevo factor es la acrecida influencia de los partidos comunistas en el movimiento de liberación nacional. En varios países se está creando una situación en que la burguesía nacional en el Poder ya no puede ignorar la existencia de los comunistas y se ve obligada a tenerlos en cuenta y a considerar su influencia en las masas.

Es preciso no olvidar además otro factor que favorece los éxitos de la revolución anticolonial. Antes, la clase obrera de las metrópolis, y en general de los países capitalistas desarrollados, se encontraba en gran parte aislada de los trabajadores de las colonias, lo cual debilitaba las posiciones de la propia clase obrera y permitía a los colonialistas combatir con más facilidad la lucha de liberación nacional. Ahora, en cambio, el movimiento obrero adopta una actitud cada vez más firme en defensa de los pueblos que luchan por su independencia. Y lo más importante es que ha aumentado la fuerza de los golpes asestados al capitalismo desde dentro por el movimiento obrero contemporáneo, que socava los cimientos del capitalismo y reduce sus posibilidades de mantener sojuzgados a otros pueblos. Así es como se forma el frente único antiimperialista de los pueblos, frente al que pertenece el futuro.

3. EL CRECIMIENTO DE LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS EN LOS PAISES CAPITALISTAS

En las ciudadelas del capitalismo monopolista, el movimiento obrero es la vanguardia de las fuerzas revolucionarias. En los países capitalistas desarrollados hay acutalmente unos 160 millones de obreros, que hoy día están mejor organizados y tienen sus partidos políticos y sus sindicatos. En estos países actúan casi 3 millones de comunistas y los sindicatos agrupan a 60 millones de trabajadores.

También en este campo ha creado la coexistencia pacífica un clima favorable para un despliegue masivo sin precedentes de la lucha de clases. Mientras entre los años 1919 y 1939 hubo 177.400 huelgas, en las que tomaron parte 80,8 millones de trabajadores, en el período de 1946—1960 se declararon 247.400 huelgas con 222,6 millones de participantes. En los años 1961 y 1962, la ola de la lucha huelguística y de las acciones políticas de masas se elevó aún más. En los primeros 7 meses de 1962 participaron en las huelgas más de 55 millones de personas. Crece la actividad política de todas las clases trabajadoras.

Los éxitos de la URSS y de todo el sistema socialista mundial crean condiciones muy favorables para la difusión de las ideas del marxismo-leninismo, para la cohesión de las masas trabajadoras de los países capitalistas, para su ilustración política, para el despliegue de acciones ofensivas destinadas a mantener sus reivindicaciones económicas y sus derechos políticos y para la limitación y liquidación de la omnipotencia de los monopolios. La experiencia histórica nos enseña que la clase obrera y los demás trabajadores sólo pueden conseguir la satisfacción de sus reivindicaciones mediante acciones unidas, enérgicas y resueltas.

Los grupos más reaccionarios del capital monopolista ven en la distensión internacional una amenaza para sus beneficios y para su dominio y la combaten abiertamente, enfrentándose así con la enorme mayoría de la población de sus países, incluso con ciertos sectores de la propia burguesía. Al mismo tiempo, la acelerada concentración del capital lleva a la ruina a nuevos millones de campesinos y ocasiona enormes perjuicios a los patronos pequeños y medios. De este modo, cada año es más firme la base para la constitución de amplias alianzas en torno a la clase obrera, es decir, para la formación de la fuerza social llamada a poner en práctica

las indispensables transformaciones sociales, como son la limitación del poder de los monopolios, la liquidación de su prepotencia y la ampliación de la democracia. Esta fuerza social se estructura bajo las consignas democráticas de la lucha por la paz, por el desarme, la democracia, etc., pero en fin de cuentas puede convertirse en la fuerza política organizada necesaria para llevar a cabo la revolución socialista.

En el curso de la lucha por la paz, enormes masas humanas cursan una gran escuela política y en ellas se despierta el interés por la actividad social y se eleva la conciencia de la responsabilidad de cada uno por todo lo que ocurre en nuestro planeta. Y es que en el fondo se trata de un problema político que afecta a los más profundos sentimientos e intereses de todos, un problema que cohesiona a los hombres y les obliga a apoyarse unos a otros. Y la cohesión es una fuerza indestructible. También en este caso la lucha por la paz se funde con la lucha por el socialismo, pues una y otra tienen un enemigo común: el imperialismo, el capital monopolista. Esta es la razón de que los comunistas figuren en las primeras filas de los defensores de la paz. Nosotros, dijo Nikita Jruschov, seguiremos luchando por la unión de todas las personas honestas bajo la bandera de la lucha contra la guerra, por la consolidación de la paz. Y esta unión será beneficiosa para la gran causa de la clase obrera y de todos los trabajadores.

La preciada experiencia de la lucha por la paz ya ayuda a los pueblos a resistir con éxito y a rechazar a las fuerzas reaccionarias y presta un buen servicio a la causa de la democracia. La prueba nos la ofrecen los duros golpes que los pueblos asestan al fascismo.

El fascismo se presenta ahora con un nuevo ropaje, aunque su esencia y los objetivos perseguidos por el capital financiero que le da vida siguen siendo los mismos. El movimiento fascista en Francia, la RFA, Estados Unidos, Italia y Japón, y en los últimos tiempos incluso en Inglaterra, ya desempeña un importante papel en el mecanismo del Estado monopolista: frecuentemente es la fuerza de choque del Poder para atentar con creciente insolencia contra los ya de por sí mermados derechos y libertades de los ciudadanos.

Los pueblos se dan cuenta de la relación existente entre el fascismo y el Estado de los monopolios y últimamente han demostrado más de una vez su disposición a aplastar con sus acciones unidas esta conjura contra la democracia. Vemos,

pues, una aproximación y un entrelazamiento cada vez mayores entre las tareas democráticas y socialistas de la revolución. Lo cual significa que al luchar consecuentemente por los objetivos democráticos generales y al encabezar esta lucha, el proletariado de los países capitalistas lucha ya en la práctica por el socialismo.

4. LOS COMUNISTAS SON LA FUERZA RECTORA DE LA EPOCA ACTUAL

No ha habido ni un solo movimiento político que haya tenido que pasar por las pruebas que se ven obligados a soportar los comunistas. Pero a la vez, no ha habido en la historia un movimiento político que haya conseguido victorias tan grandes como las alcanzadas por el movimiento comunista.

El movimiento comunista se ha convertido hoy en una fuerza poderosa, pues representa una comunidad combativa integrada por casi 90 partidos proletarios revolucionarios que agrupan a 42 millones y medio de personas y llevan tras de sí a centenares de millones de trabajadores.

En las condiciones actuales, cuando en el carácter del proceso revolucionario mundial se han producido cambios tan esenciales, cuando sus fuerzas motrices se han ampliado y sus formas se han enriquecido, los partidos comunistas prestan especial atención a la tarea de superar los defectos de que ha adolecido su actividad, en particular a causa de la influencia del culto a la personalidad. A la vez que luchan por la renovación social de la humanidad, los comunistas perfeccionan incesantemente su táctica y se esfuerzan por conseguir la unión de todas las fuerzas progresistas y antimonopolistas.

También es objeto de su particular atención la lucha contra la escisión del movimiento obrero, por la unidad de acción con todos los partidos y grupos que tienen influencia en el movimiento obrero. Esto se refiere en primer lugar a la actitud con respecto a la socialdemocracia. En la actualidad podemos observar la existencia de varias corrientes en el seno del movimiento socialdemócrata. Hay socialdemócratas dispuestos a colaborar con los comunistas y cuyas posiciones sobre distintos problemas del movimiento obrero se acercan a las de los comunistas. Hay un importante sector de la socialdemocracia que mantiene una posición reformista-conciliadora, y, finalmente, hay entre los socialdemócratas anticomunistas rabiosos y defensores furibundos del capitalismo.

Entre estos últimos figuran muchos líderes socialdemócratas de derecha, que colaboran abiertamente con las agrupaciones militares agresivas de los países imperialistas. Algunos incluso han tomado parte en la constitución de la OTAN y han sido los inspiradores de una serie de actos agresivos. En su servilismo ante el capitalismo contemporáneo, estos hombres han renunciado por completo a lo poco que podía quedarles de las ideas socialistas, y tanto en el aspecto político como en el teórico marchan a remolque de la reacción, rumiando los tópicos anticomunistas. La prueba nos la ofrecen los nuevos programas adoptados en estos últimos años por varios partidos socialdemócratas, especialmente la Declaración de la Internacional Socialista aprobada en la reunión de su Consejo en junio del presente año. Pero cuanto más se aparta la socialdemocracia de derecha de los ideales del movimiento obrero, mayor es su coincidencia con los partidos burgueses, perdiendo su fisonomía y sus posiciones. La sumisión en el plano teórico, la capitulación en política y la renuncia a luchar en defensa de los intereses vitales de la clase obrera y de los pueblos coloniales minan ineluctablemente las fuerzas del ala reacionaria de la socialdemocracia.

Ha pasado más de medio siglo desde la división del movimiento obrero internacional en dos sectores, uno revolucionario y oportunista el otro. El ala revolucionaria del movimiento obrero siguió a Lenin y consiguió para el socialismo trascendentales victorias. El ala oportunista de la II Internacional siguió a Kautsky y a sus acólitos, que renunciaron a la lucha por el derrocamiento revolucionario del viejo régimen, a la dictadura del proletariado, condenándose así a la degradación política e ideológica, y fueron la causa de graves derrotas de la clase obrera. La historia ya ha emitido su juicio acerca de quién tenía razón hace cincuenta años.

Los partidos comunistas han criticado y critican las posiciones ideológicas y la práctica oportunista de derecha de la socialdemocracia y denuncian a sus líderes de derecha, que se han pasado abiertamente al lado de la burguesía. Pero esta crítica persigue fines positivos y está inspirada en el deseo de poner de manifiesto todo el daño que la socialdemocracia de derecha ocasiona al movimiento obrero y, de este modo, allanar el camino para el establecimiento de amplios contactos en todos los niveles y para lograr la unidad de acción en todas las esferas donde las tendencias deseosas de representar al movimiento obrero y a la democracia deben actuar juntas

para impedir el triunfo de la reacción y de las fuerzas belicistas.

En la actualidad existen favorables condiciones internacionales y nacionales para el desarrollo del movimiento comunista y para el crecimiento de todas las fuerzas revolucionarias de la sociedad. No obstante, sería un grave error referirse únicamente a los factores favorables y olvidar los desfavorables, que obstaculizan el proceso revolucionario.

Los hechos demuestran que la burguesía refuerza el aparato de la violencia armada y trata de cerrar el paso al socialismo mediante la unificación del poderío de todos los países imperialistas. La burguesía puede recurrir a los medios más sanguinarios con tal de mantener su dominación. Por eso hoy adquieren mayor significado que nunca las indicaciones de Lenin de que la clase obrera «debe saber utilizar *todas* las formas o aspectos, sin la más mínima excepción, de la actividad social... debe estar preparada para sustituir una forma por otra del modo más rápido e inesperado» (*La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo,* pág. 91, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1960).

La burguesía ha sacado sus consecuencias de las graves derrotas sufridas en los últimos cincuenta años, presta más atención a la demagogia social y a las maniobras políticas y perfecciona sus métodos de represión. Todavía consigue mantener sometidas a su influencia ideológica a considerables masas de la clase obrera y de distintas capas trabajadoras.

También existen otras circunstancias desfavorables, pero si se sopesan los factores favorables y los desfavorables puede afirmarse con pleno fundamento que los primeros tienen un valor determinante y son los que aceleran el desarrollo de la revolución socialista mundial, los que acercan el triunfo del socialismo en todo el mundo.

El fortalecimiento de la unidad en las filas de tal o cual partido comunista y la superación en él de las vacilaciones oportunistas contribuyen a la vigorización de todo el movimiento comunista mundial, a su cohesión sobre la base del marxismo-leninismo. A su vez, cuanto mayor es la solidez y la cohesión del movimiento comunista mundial, con más seguridad puede actuar cada partido y con más falicidad puede garantizar la unidad de sus filas.

Las tradiciones históricas, la estructura económica, el carácter de los problemas sociales y la combinación de las fuerzas de clase en los distintos países, pese a tener rasgos co-

munes, ofrecen muchas diferencias. Se comprende, por tanto, que sólo una actitud creadora ante la teoría marxista-leninista y su acertada aplicación a las condiciones concretas de uno u otro país permiten elaborar la estrategia y la táctica capaces de conducir a la victoria. Hay quien de la acertada tesis sobre la unidad indisoluble del proceso revolucionario mundial pretende deducir la falsa conclusión de que las formas y los métodos de lucha son universales, válidos para todos los países y todas las condiciones. Tal actitud lleva a menospreciar las particularidades específicas de la lucha y la importancia de un profundo estudio de los procesos reales y de las posibles formas nuevas del movimiento revolucionario. Lo corriente en estos casos es el afán de imponer a la vida esquemas elaborados sobre la base de un material restringido, limitado a la experiencia pretérita. Ello entraña el peligro de apartarse de las masas, y en el plano internacional es origen de malentendidos e incomprensiones entre los comunistas.

Los marxistas de espíritu creador tampoco aceptan la absolutización de lo específico en la lucha de clases. El desprecio por lo que ha sido descubierto y comprobado en otros países lleva al olvido de las leyes generales de la revolución y de la edificación socialista. En este caso se pierde el contacto de codos con el movimiento comunista mundial y surge el peligro de incumplimiento del deber internacional.

Cada partido comunista es independiente en la solución de todos los problemas de la política interior y exterior. Pero independencia no quiere decir autoaislamiento, no quiere decir que tal o cual partido pueda encerrarse en el cascarón de los intereses nacionales. El estudio de la experiencia de los partidos hermanos es una condición ineludible para evitar la repetición de errores pasados, para aplicar una política acertada y para resolver los problemas candentes con espíritu creador.

El movimiento comunista internacional tiene una magnífica experiencia de elaboración colectiva de los problemas más importantes de la estrategia y la táctica. Las declaraciones de las conferencias de Moscú sirven a todos los partidos marxistas-leninistas de bandera de combate y de guía para la acción. La fidelidad a estos documentos es el supremo deber internacional de cada partido hermano. Lenin siempre destacó los deberes internacionales de cada partido. Y en las circunstancias actuales, la idea de Lenin de que siempre hay que sentirse miembro de la familia internacional de los marxistas, no

apartarse ni un instante de ella y fortalecerla por todos los medios sigue siendo el lema de todos y cada uno de los partidos hermanos.

Toda la experiencia histórica ha demostrado que los problemas de la revolución sólo pueden tener en cada país una solución completa y acertada sobre la base de una política consecuentemente internacionalista. Los intereses bien entendidos de cada nación y de su clase obrera jamás se oponen a los intereses del movimiento comunista internacional. Al contrario, la coordinación de unos y otros constituye el contenido del internacionalismo proletario, poderoso factor moral y político de la lucha por el socialismo, por el progreso universal.

No hay más que una política acertada: ser siempre fiel al marxismo-leninismo, aprovechar todo cuanto haya de valioso y de significación general en la experiencia de los demás partidos, enriquecer esta experiencia y aplicarla debidamente a las particularidades nacionales e históricas del país propio.

A la luz de los mencionados procesos del movimiento revolucionario mundial resalta con particular relieve el daño que ocasiona la actividad antirrevolucionaria y escisionista de los dirigentes del Partido Albanés del Trabajo.

Habiendo comenzado en 1960 por una crítica desenfrenada, ajena a toda discusión de camaradas, contra las concepciones básicas de los partidos hermanos, el grupo dirigente del PAT se situó en posiciones antileninistas y marchó a pasos acelerados por la senda del dogmatismo y del nacionalismo, coincidiendo en el fondo con el anticomunismo.

Durante los últimos años, este grupo se ha dedicado fundamentalmente a lanzar furibundos ataques contra la Unión Soviética, el PCUS, el movimiento comunista internacional y los documentos aprobados por éste en las conferencias de 1957 y 1960. Mientras el Partido Comunista de la Unión Soviética, los demás partidos comunistas y los países socialistas sostienen en amplio frente una lucha real contra el imperialismo, atacando paso a paso las posiciones económicas, políticas e ideológicas del mundo capitalista, el grupo albanés lanza gritos desaforados e histéricas frases seudorrevolucionarias contra estas fuerzas fundamentales de la lucha antiimperialista.

El propósito que persiguen los dirigentes albaneses con su demagógico griterío es empujar a los países socialistas a un camino de aventuras en la lucha contra el imperialismo. En

el fondo han renunciado a los principios de la coexistencia pacífica, adoptados de común acuerdo, y tratan en realidad de provocar una guerra nuclear mundial. Tal es el verdadero papel del grupo antileninista albanés.

«Hay que luchar, es preciso, es obligatorio luchar contra la verborrea revolucionaria —decía Lenin—, para que un día no nos digan esta amarga verdad: "la verborrea revolucionaria acerca de la guerra revolucionaria ha matado la revolución"» (*Obras,* t. XXVII, pág. 10, 4a ed. en ruso). Estas palabras tienen hoy un valor de palpitante actualidad.

No cabe duda de que el socialismo es hoy incomparablemente más fuerte de lo que era en 1918, cuando Lenin tuvo que sostener una lucha denonada contra la verborrea «revolucionaria». El grupo albanés no puede ejercer una influencia más o menos seria sobre el curso de los acontecimientos. Pero no se debe subestimar la nocividad de sus actividades y de sus concepciones. Por eso hay que desenmascararlas hasta el fin.

5. ALGUNAS CONCLUSIONES

Si intentamos pasar revista a grandes rasgos al movimiento revolucionario mundial, podremos hacer las siguientes conclusiones:

1. La revolución mundial se desarrolla cada vez más en extensión y profundidad. Las condiciones de la coexistencia pacífica de los dos sistemas contribuyen a su difusión y a sus éxitos. El socialismo despliega su ofensiva contra el capitalismo en escala mundial. El capitalismo ha perdido definitiva e irremisiblemente la iniciativa en la batalla histórica de las dos formaciones sociales. Sus cimientos se cuartean y derrumban en los más diversos lugares del globo.

El imperialismo está recibiendo en el frente y en la retaguardia golpes cada vez más potentes, que le asestan tanto el socialismo victorioso como el proletariado que lucha en los países capitalistas, los pueblos que están derribando el colonialismo y los movimientos democráticos generales contra la prepotencia de los monopolios.

En todas partes van madurando las fuerzas revolucionarias. Y hay motivos muy fundados para suponer que el ritmo del proceso revolucionario ha de irse acelerando más y más. En nuevos y nuevos lugares del mundo habrán de producirse explosiones revolucionarias. Este proceso sigue un curso irregular, pero su marcha es inexorable.

2. La línea estratégica básica del comunismo internacional en la actuales condiciones ha sido expuesta en los documentos aprobados por las conferencias de los partidos hermanos y en el Programa del PCUS. Su contenido es la lucha por liberar a los trabajadores de todas las formas de explotación y opresión, la lucha por el triunfo del socialismo, por librar a la humanidad entera de la guerra termonuclear. La aportación del PCUS al cumplimiento de estas tareas históricas consiste ante todo en la edificación del comunismo en su país.

La construcción del socialismo y del comunismo en los países del sistema socialista mundial permite:

—ganar la competición económica con el capitalismo, fortalecer la comunidad de los países socialistas y conseguir la superioridad completa sobre el capitalismo en todos los terrenos;

—desplegar aún más resueltamente la batalla de las fuerzas revolucionarias situadas en el campo imperialista contra el régimen capitalista reinante en sus países;

—acrecentar incesantemente la ayuda a los jóvenes Estados nacionales, contribuyendo a su plena emancipación de las cadenas del imperialismo y a su progreso social;

—crear en el ámbito internacional, con las fuerzas de los países socialistas y de todas las personas adictas a la paz, una firme garantía de que la humanidad se verá libre de las guerras mundiales.

Todo esto en su conjunto es lo que constituye el plan estratégico de la ofensiva del comunismo internacional contra el imperialismo.

3. Las posiciones del campo imperialista se han debilitado manifiestamente. Pero éste todavía dispone de una gran fuerza, la incrementa febrilmente y prepara una guerra mundial. El debilitamiento del mundo capitalista acrecienta su agresividad y su aventurerismo en política exterior. Sin embargo, los líderes del mundo capitalista ya no se atreven a proclamar de antemano su victoria en una guerra mundial, como hicieran en su tiempo los gerifaltes del fascismo alemán. Ello es una consecuencia de la enorme fuerza de que dispone hoy el socialismo. Nosotros, los comunistas, estamos convencidos por nuestra parte de que si los agresores desencadenan la guerra contra la URSS, contra el socialismo, serán derrotados y su derrota marcará el fin del explotador régimen capitalista.

4. El movimiento comunista se ha convertido en la fuerza política más influyente de la época actual. Sus destacamentos

actúan en todos los continentes y en casi todos los países del mundo. La tendencia general del movimiento comunista se manifiesta en un desarrollo y fortalecimiento constantes, en la extensión de su influencia y en la conquista para su causa de nuevos millones de seres humanos.

5. La humanidad no sigue en su progreso un camino liso y llano, sino un camino difícil y penoso. La actividad de los partidos comunistas y obreros se desarrolla en una situación extremadamente compleja. La reacción imperialista no repara en medios con tal de obstaculizar la marcha de la historia, denigrar los ideales del comunismo y debilitar la influencia que las ideas del marxismo-leninismo ejercen sobre las masas populares. Y pese a que la tendencia general del movimiento comunista y las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad humana llevan al robustecimiento de las posiciones de los comunistas, sería peligroso subestimar las posibilidades con que cuenta la reacción. La lucha contra el anticomunismo sigue siendo una de las tareas más combativas del movimiento comunista internacional.

6. En las filas del movimiento comunista internacional hay elementos revisionistas y dogmáticos. Los revisionistas llegan a negar los principios básicos del marxismo-leninismo. Los dogmáticos no quieren ver los cambios radicales que se han producido en el mundo ni las nuevas condiciones favorables al movimiento obrero y a todo el movimiento de liberación. La lucha contra el revisionismo y el dogmatismo, contra el egoísmo y la estrechez nacional sigue siendo una de las principales tareas del movimiento comunista.

7. En las actuales circunstancias, para el sucesivo desarrollo del movimiento comunista adquiere particular importancia el trabajo teórico. Un análisis permanente, profundo y completo de los rápidos procesos sociales, unas conclusiones y decisiones audaces y fundamentadas a nivel táctico y estratégico, tales son los preceptos legados por Lenin a los comunistas, tales son las condiciones para acertar en la elección de los caminos y las formas de la revolución socialista, de la lucha por el triunfo del socialismo.

Guiándose por las tesis fundamentales de los documentos internacionales del movimiento comunista contemporáneo, los partidos comunistas robustecen sus posiciones entre las masas y hacen acopio de fuerzas para alcanzar nuevas y grandes victorias.

LA PLATAFORMA REVOLUCIONARIA DEL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL

Después de la segunda conflagración universal, el mundo evoluciona con inusitada rapidez. Bajo la presión de las fuerzas que construyen el socialismo y de los pueblos en lucha por su liberación nacional y ante el empuje de todo el movimiento obrero y democrático, el capitalismo sufre una derrota histórica tras otra.

En estas condiciones, una importante tarea se plantea ante los comunistas: analizar y valorar científicamente los cambios operados en el mundo y —por cuanto, en definitiva, estos cambios han puesto a debate el problema del surgimiento de una *nueva etapa en el desarrollo de la estrategia comunista* en la lucha universal por el socialismo— elaborar, fundándose en ello, su plan de acción para el futuro.

Un jalón primordial en el proceso de realización de esta tarea lo marcaron la Declaración y el Manifiesto de la Paz de la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros celebrada en Moscú en noviembre de 1957, en la que se formularon algunas tesis fundamentales, derivadas de la apreciación de la nueva etapa histórica y de la consiguiente nueva etapa del movimiento obrero y democrático[1].

[1] Estas tesis, por supuesto, no surgieron de la nada; en ellas aparecían sintetizadas las conclusiones de la gran labor teórica llevada a cabo por los partidos comunistas y obreros. Y de igual modo, la Declaración no daba cima al proceso de las búsquedas en el terreno teórico, dictadas por las exigencias de la época: otro jalón trascendental es la Declaración de 1960 de 81 partidos comunistas y obreros. A la elaboración del problema que nos ocupa han hecho un gran aporte el XXII Cngreso del PCUS y el Programa adoptado en él, como también muchos documentos de otros partidos hermanos, aprobados en los últimos años.

1. NUEVA ETAPA DEL MOVIMIENTO OBRERO Y COMUNISTA

Entre las nuevas tesis de la Declaración de 1957 figura la definición del carácter de nuestra época como época del tránsito revolucionario de toda la humanidad del capitalismo al socialismo. En la Declaración de 1960, los partidos comunistas y obreros concretaron estas tesis mediante el análisis de la nueva etapa, la tercera, de la crisis general del capitalismo, y sacaron la conclusión de que el sistema socialista mundial, junto con las fuerzas que luchan contra el imperialismo, determina *el contenido principal, la dirección principal y las principales peculiaridades del desarrollo histórico.*

De esta definición de nuestra época se desprenden conclusiones trascendentales para la política del movimiento obrero y comunista.

La Declaración de 1957 formuló, en particular, importantes tesis acerca de la ampliación de las perspectivas y del enriquecimiento de las formas de tránsito del capitalismo al socialismo, fundamentando, por ejemplo, las crecientes probabilidades del triunfo pacífico del socialismo en algunos países capitalistas, y mostró que en el presente existe la posibilidad real de conjurar una nueva guerra mundial. En documentos posteriores se ha llegado a conclusiones sobre la viabilidad del camino no capitalista de desarrollo de los jóvenes Estados nacionales, sobre la correlación entre las tareas democráticas y socialistas del movimento revolucionario y sobre algunos otros problemas.

En conjunto, estas tesis ofrecen un amplio y claro cuadro de las nuevas condiciones de la lucha por el socialismo, a la luz de las cuales es necesario enfocar todos los demás aspectos del desarrollo progresivo de la sociedad contemporánea. Esto se refiere ante todo al planteamiento de la lucha por la paz, como tarea primordial de los comunistas.

La paz ha sido siempre una de las primeras exigencias democráticas de los partidos marxistas-leninistas de la clase obrera. Hoy, cuando la guerra, como consecuencia de la aparición de las armas de exterminio humano en masa, sería una catástrofe como jamás conoció la humanidad, acarrearía una monstruosa destrucción de las fuerzas productivas y segaría centenares de millones de vidas humanas, es completamente lógico que los comunistas presten mayor atención que nunca a la lucha por la paz. Mas esto no significa en modo alguno que el interés de clase del proletariado —la lucha por el socialismo— o los intereses de los pueblos sojuzgados por el

imperialismo hayan de quedar relegados a un segundo plano. Una peculiaridad característica de nuestra época consiste precisamente en que un movimiento democrático como la lucha por la paz se convierte, en fin de cuentas, en parte integrante de la lucha por el socialismo y ayuda —como se dirá más abajo— a incorporar a millones de trabajadores a la lucha política contra el imperialismo.

La inexistencia de un conflicto bélico mundial crea también condiciones favorables para la liberación nacional de los países oprimidos y para el fortalecimiento de la independencia de los Estados que se han sacudido ya el yugo colonialista, y contribuye a que en estos países sigan su curso normal los procesos sociales y políticos que, a través de la lucha en todas sus formas, les lleven finalmente al socialismo.

El Manifiesto de la Paz aprobado por la Conferencia de 1957 orientó a los partidos comunistas hacia el desarrollo de un movimiento antiimperialista, hacia la lucha contra los incendiarios de guerra, y en primer término contra la principal fuerza agresiva: el imperialismo norteamericano. Al alzar a las masas a la lucha, los partidos tienen en cuenta que los preparativos de guerra y la consiguiente militarización de todos los aspectos de la vida social facilitan a la burguesía armas complementarias para reprimir y quebrantar el movimiento obrero y posibilitan que se exporte la contrarrevolución. Las incesantes maquinaciones de los imperialistas contra el campo socialista y contra el movimiento nacional-liberador y sobre todo el bloqueo declarado a la Cuba socialista, que ha puesto al mundo al borde de la guerra, muestran la palpitante actualidad que sigue conservando este Manifiesto. Y no cabe la menor duda de que los éxitos en la lucha contra el imperialismo y la agresión y por impedir la guerra coadyuvan en todo momento a *ampliar* las posibilidades que tienen las fuerzas del progreso, las fuerzas del socialismo.

En el marco de la nueva época adquiere un relieve cada vez mayor la tesis sobre la creciente posibilidad del tránsito al socialismo por vía pacífica. A diferencia de los reformistas, para quienes la vía pacífica al socialismo pasa a través de la urna electoral, los marxistas consideran que lo fundamental en el tránsito pacífico es la acción política masiva de los trabajadores, encabezados por la clase obrera. La fuerza del ejemplo de los países socialistas, que construyen felizmente la nueva sociedad, ayuda a ganar para las ideas comunistas a las más vastas masas. En los países capitalistas se crean condi-

ciones cada vez más propicias para formar una amplia alianza de las fuerzas antimonopolistas. En la tercera etapa de la crisis general del capitalismo, todo esto abre en una serie de países la perspectiva real de una superioridad decisiva de las fuerzas revolucionarias, lo que es imprescindible para el tránsito al socialismo por vía pacífica.

Una particularidad de la situación histórica contemporánea estriba precisamente en que el aprovechamiento de las premisas objetivas favorables para asumir el Poder y pasar al socialismo depende cada vez más de la justeza de la política del partido de la clase obrera, de su elección de formas óptimas de lucha, que estén en concordancia con las condiciones nacionales concretas, y de la flexibilidad de su acción táctica.

De aquí se desprende que en las circunstancias actuales también se plantea en forma nueva el problema de la situación revolucionaria.

Mientras que antes, como nos enseña la experiencia histórica, la situación revolucionaria sólo se creaba *prácticamente* en tiempos de guerra, o en los momentos de las más profundas convulsiones económicas y de las formas más encarnizadas de choque entre los intereses de clase, ahora, en la tercera etapa de la crisis general del capitalismo, las posibilidades objetivas de tomar el Poder se determinan por el curso del desarrollo histórico de cada día, por la lucha entre el socialismo y el capitalismo en el palenque mundial, lucha que transcurre bajo el signo del constante ascenso del papel, del poderío y de la fuerza de atracción del socialismo, y por el diario desarrollo de las relaciones políticas y económicas propias del capitalismo contemporáneo, que giran en torno de la exacerbación constante de las contradicciones entre los monopolios y toda la nación.

Esto no quiere decir, claro está, que en todos los países capitalistas sin excepción exista algo parecido a una situación revolucionaria «permanente». Pero sí significa, en primer lugar, que en la cadena del capitalismo hay en todos o casi todos los momentos uno o, con más frecuencia, varios eslabones débiles donde se ha creado una tal situación. En segundo lugar, esto significa que se eleva el papel del factor subjetivo o, dicho con otras palabras, que la formación de la situación revolucionaria depende cada vez más de las acciones intensas, enérgicas y acertadas de las propias fuerzas revolucionarias.

El lustro transcurrido desde que fue aprobada la Declaración permite ya emitir un juicio sobre la justeza de su conclusión

acerca de la nueva etapa en la estrategia del movimiento comunista. A lo largo de estos años los imperialistas no han conseguido desencadenar una «gran» guerra. Estos años no trajeron consigo catastróficas convulsiones económicas para el sistema capitalista. Y ha sido en esas condiciones «habituales», sin esperar guerras ni crisis, cuando las fuerzas revolucionarias han conseguido magníficos éxitos en el mundo capitalista.

Al conmemorar el aniversario de la Declaración de 1957, el movimiento comunista hace con satisfacción el magnífico balance del último quinquenio y, a la luz de sus resultados, se hace cargo de la elevación de su responsabilidad en cuanto concierne a aprovechar verdadera y plenamente las nuevas posibilidades que se abren ante la humanidad.

2. APROVECHAR PLENAMENTE LAS VENTAJAS DEL SOCIALISMO

Los participantes en la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas celebrada en 1957 constataron que el sistema socialista se encontraba en auge y que obtenía continuos éxitos. Sintetizando la experiencia adquirida por todos los países socialistas y por todas las fuerzas revolucionarias, formularon las leyes fundamentales, objetivamente ineludibles y necesarias, sin contar con las cuales no puede el movimiento revolucionario alcanzar los fines que persigue. La Conferencia dio fundamentación científica a la conexión entre las leyes generales y el mecanismo de su acción en condiciones nacionales específicas.

Tres años después, los representantes de 81 partidos proclamaron en su Declaración que el sistema socialista había dado cima a una importante etapa de su desarrollo (se habían realizado las transformaciones económicas y sociales fundamentales, que aseguraban el dominio absoluto de la propiedad socialista en la escala de todo el sistema, y había sido suprimida para siempre la explotación del hombre por el hombre) y entraba en un nuevo período.

En la nueva etapa de desarrollo del sistema socialista mundial serán resueltas las siguientes tareas principales:

— en la mayoría de los países socialistas se creará la base material y técnica de una sociedad socialista desarrollada y se prepararán las condiciones para la construcción del comunismo; en la URSS se creará la base material y técnica del comunismo;

— el mundo socialista superará considerablemente al mundo capitalista por el volumen de la producción y triunfará en la emulación económica entre los dos sistemas;

— los acontecimientos políticos internacionales se desarrollarán en medio de una influencia siempre creciente —hasta llegar, en realidad, a ser absolutamente decisiva— del socialismo; esto permitirá excluir las guerras mundiales de la vida de la sociedad.

Al analizar la perspectiva de nuevas victorias del socialismo y del comunismo, los partidos buscan ante todo en las condiciones de la presente etapa de la emulación entre el socialismo y el capitalismo el eslabón fundamental de la solución de los problemas históricos ya maduros.

En los días en que se emprendió la construcción del socialismo en Rusia, cuando tan sólo comenzaba la emulación entre los dos sistemas sociales, que había de decidir el destino de la humanidad, Lenin, con genial clarividencia, dijo: el desenlace de esta emulación lo decidirá, en definitiva, la productividad del trabajo más elevada; los éxitos económicos constituyen el principal canal del influjo del socialismo sobre el curso de la historia universal. En cada nueva etapa de desarrollo de los países socialistas y de su emulación con el capitalismo mundial, estas ideas de Lenin adquieren un alcance cada vez mayor para las perspectivas de la humanidad. Esto significa que la solución de los problemas económicos es en nuestra época una tarea política cardinal de los partidos instalados en el Poder.

La historia ha mostrado con plena evidencia que en el sistema socialista en su conjunto y en cada país que ha roto con el capitalismo está asegurada la victoria política y económico-social de las relaciones socialistas. Naturalmente, en el camino del desarrollo del socialismo se alzan no pocas dificultades, provocadas por las propias condiciones de este desarrollo, por la presión del imperialismo, etc. Mas la superación de las dificultades, y por consiguiente, los ritmos de la construcción del socialismo en las circunstancias actuales, dependen en grado decisivo de la justeza de la política económica.

El plan de edificación comunista aprobado por el XXII Congreso del PCUS y los planes económicos de largo alcance elaborados por otros países socialistas están movidos por el propósito de alcanzar en los más breves plazos históricos un impetuoso incremento de las fuerzas productivas de la sociedad

sobre la base del progreso técnico más amplio y del aumento de la productividad del trabajo. Esto permitirá crear la base material y técnica del comunismo, asegurar un alto nivel de vida, proseguir la transformación de las relaciones sociales, elevar a toda la sociedad a metas completamente nuevas y conseguir una victoria determinante en la emulación con el capitalismo.

Por tanto, si la productividad del trabajo más elevada es, en definitiva, el exponente fundamental de la victoria de la nueva sociedad sobre el viejo régimen, la clave del éxito en la emulación con el capitalismo consiste en encontrar en la entraña del socialismo los resortes económicos apropiados, más efectivos, que expresen la esencia de las nuevas relaciones sociales y su superioridad real sobre el capitalismo y que permitan elevar firmemente la productividad del trabajo social. En la práctica, esto quiere decir —como indican los partidos en sus resoluciones— que se debe aprender a administrar mejor cada día y que se deben aprovechar en toda su integridad las ventajas objetivas de las relaciones de producción socialistas.

La experiencia del desarrollo del socialismo mundial prueba que el enfoque voluntarista y subjetivista de los problemas económicos importantes, la tentativa de quemar los escalones y las etapas necesarios para el normal desarrollo armónico y proporcional de la economía, los intentos de hacer tabla rasa de las exigencias de la producción moderna y la infracción de los principios del interés material sólo pueden conducir a graves rupturas de las proporciones en la economía nacional y a comprometer el éxito de los planes trazados. Las leyes económicas del socialismo castigan duramente a quienes tratan de «anularlas» o hacen caso omiso de ellas . . .

La inmensa y multifacética experiencia adquirida ya por el sistema socialista facilita en nuestros días el conocimiento y el dominio de los métodos científicos de gestión económica. El estudio y aprovechamiento de esta experiencia simplifica la búsqueda de soluciones certeras, reduce los plazos de la búsqueda y ayuda a evitar muchos errores y dificultades y a captar más rápidamente los métodos más eficientes de la actividad económica. Aprovechar con espíritu creador la experiencia acumulada es una condición realmente necesaria para lograr el acierto de las medidas económicas y sociales aplicadas por las fuerzas revolucionarias que ejercen el Poder.

Los marxistas han rechazado siempre la copia mecánica de

la experiencia de otros partidos, ya que la ciega imitación impide utilizar las posibilidades internas derivadas del desarrollo histórico de cada nación y frena, por tanto, el avance hacia el progreso. Por otra parte, los marxistas no estarán conformes nunca y en ninguna circunstancia con quienes, invocando las condiciones específicas del paso al socialismo en uno u otro país y los errores cometidos, quieren ignorar la experiencia adquirida por esos países.

Es lógico que la utilización de la experiencia acumulada no exima a los partidos de la necesidad de elaborar continuamente y llevar a la práctica nuevos métodos de actividad económica y política. Así es precisamente como se enriquece el acervo común del marxismo-leninismo.

El desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad contemporánea confirma por entero la genial idea de Lenin de que la vía del verdadero florecimiento económico pasa a través de la división internacional del trabajo. De ahí, pues, que la organización económica general del sistema socialista, asentada sobre bases científicas, tienda ante todo a determinar justamente las perspectivas y el rumbo de la división internacional del trabajo.

La división socialista internacional del trabajo, que descansa en los principios de la igualdad soberana y de la interayuda fraternal de todos sus participantes, permite a cada país aprovechar plenamente sus recursos, descubrir y poner en acción todas las reservas y, como resultado de ello, acelerar en gran medida el ritmo de su desarrollo económico. Al mismo tiempo, la colaboración económica más amplia y profunda entre los países socialistas, la especialización y la cooperación de su producción y la coordinación multilateral de su política económica harán que se eleve en flecha la productividad del trabajo social y que aumente en grado considerable la eficiencia de toda la economía socialista mundial. De este modo se logrará reducir mucho los plazos establecidos para que el socialismo alcance su objetivo histórico: vencer al capitalismo en la emulación económica.

Por eso, elemento inseparable del internacionalismo proletario en la fase actual de la lucha entre los dos sistemas es una política económica de los países socialistas que tenga más en cuenta las exigencias de los procesos objetivos de internacionalización de las fuerzas productivas. Por el contrario, toda política que adolezca de estrechez económica nacional y

toda tendencia a la autarquía son incompatibles con el internacionalismo proletario y perjudican a la causa común.

Las posibilidades de los países de la comunidad socialista no conocen fronteras. Los éxitos de los años pasados echaron los sólidos cimientos de su desarrollo ulterior. Claro que por sí solos, automáticamente, estos éxitos no dan solución a todas las tareas que se alzan ante el mundo socialista. A fin de avanzar felizmente es preciso trabajar con ahinco, es necesaria una lucha tesonera, sostenida día tras día por los partidos y por todos los pueblos para lograr los fines a que aspiran. A este propósito adquiere extraordinaria importancia el problema de los *métodos* y de los *medios* de lucha.

El cínico principio de que «el fin justicia los medios» es inaceptable para los comunistas. El comunismo es la más noble de las causas que haya defendido en todos los tiempos la humanidad, y debe ser edificado por los medios más nobles, democráticos y humanos. Los comunistas rechazan el culto a la personalidad y sus métodos. Y por eso entienden que no es posible conseguir nuevos éxitos sin sacudirse el peso de los errores y de las deformaciones en que se incurrió en el pasado y sin instaurar un orden perfecto dentro de su propia casa.

Los métodos y las formas de dirección erróneos, ligados con el culto a la personalidad, y la suplantación del análisis concreto de cada situación determinada por resoluciones arbitrarias, «refrendadas» con citas «infalibles», impiden que se pongan de manifiesto enteramente las ventajas de la nueva sociedad, frenan su desarrollo y multiplican los sacrificios innecesarios. No es menor la importancia que reviste el aspecto político de este problema: las masas trabajadoras están dispuestas a soportar todas las privaciones y dificultades cuando las originan condiciones objetivas, como la guerra, la necesidad de restaurar la economía destruida por ella, etc., pero no las comprenderán cuando sean consecuencia de fallas en la dirección de la política económica. Otro tanto puede decirse con respecto a las restricciones de la democracia y a muchas otras cosas.

Un medio de lucha muy importante para liquidar las consecuencias del culto a la personalidad y garantizar que éste no resurja en el futuro es la estricta observancia de los principios leninistas de la vida del Partido, la crítica y autocrítica comunista.

Los partidos que están en el Poder en los países socialistas

valoran sus éxitos con un sentido realista; no cierran los ojos ante las dificultades existentes aún, ante las fallas y los errores cometidos, y luchan con energía y espíritu autocrítico por subsanarlos. Los comunistas de todo el mundo apreciaron altamente, por ejemplo, la valiente línea política del CC del PCUS orientada a poner al desnudo el culto a la personalidad y extirpar sus consecuencias. Un espíritu de autocrítica constructiva inspira al documento preparado por el Partido Comunista de Checoslovaquia para su próximo Congreso —«Las perspectivas del desarrollo de nuestra sociedad socialista»— y a los materiales elaborados por el CC del Partido Socialista Obrero Húngaro, el CC del Partido Comunista Búlgaro y el CC del Partido Socialista Unificado de Alemania para presentarlos igualmente a sus respectivos congresos.

A veces se oye decir incluso a personas amigas del socialismo: ¿Por qué hablan ustedes tanto de sus deficiencias? ¡Así dan ustedes armas al enemigo! ¿No sería mejor que se limitaran a exponer las tareas positivas para el futuro y que no publicaran la parte crítica?

Nada hay tan falso como este criterio. Sin revelar hasta el fondo la naturaleza y las causas de las deficiencias, éstas no podrán ser enmendadas. Además, el Partido no podrá contar con el apoyo activo del pueblo en la lucha por vencer las dificultades que existan si no lleva hasta la conciencia de las masas la parte crítica de su análisis. La veracidad del Partido y su honestidad en el enfoque de todos los fenómenos de la vida le aseguran el apoyo incondicional de los trabajadores y ayudan a formar ciudadanos dinámicos y con espíritu de iniciativa, que están al corriente de todos los problemas del país y son capaces de luchar conscientemente por sus ideales; los *robots* que cumplen ciegamente una disciplina impuesta desde arriba constituyen una categoría extraña al socialismo.

Por otra parte, los intentos de encubrir la realidad con el velo color de rosa de una fraseología altisonante, el deseo de disimular los propios errores y el negarse a reconocerlos infligen un gran perjuicio a las justas relaciones que deben existir entre el Partido y pueblo, quebrantan la causa del socialismo.

Naturalmente, los enemigos del socialismo utilizan con infame propósito las declaraciones autocríticas de los partidos. En cierto sentido, esto puede causar algún daño, aunque por poco tiempo. Mas, en primer lugar, corregir las deficiencias y los errores en la construcción socialista reviste muchísima

más importancia para la causa de la revolución que la momentánea ventaja propagandística que obtienen sus adversarios. En segundo lugar, esta ventaja es muy relativa, pues cada trabajador consciente del mundo capitalista podrá comprobar que los comunistas no temen reconocer *ellos mismos* sus defectos. Es decir, que son fuertes. Y en definitiva, el prestigio del socialismo aumenta más.

En nuestros días, la construcción socialista es una parte decisiva del proceso revolucionario mundial. Y lo es porque ella realiza la mejor y más convincente propaganda en favor del socialismo. Pero de aquí se deduce con toda claridad la inmensa responsabilidad que incumbe a los comunistas miembros de los partidos gobernantes de los países del campo socialista. Cada nueva realización de estos países centuplica la influencia de nuestras ideas, robustece a las fuerzas del progreso. En cambio, con cada error nuestro especulan los enemigos del comunismo. Por eso, al movimiento comunista internacional no le es indiferente lo que sucede en cada país socialista. Por la misma razón, cualquier Partido que ocupa el Poder tiene la misión histórica de calcular minuciosamente sus acciones para que cada paso suyo coadyuve al desarrollo del proceso revolucionario.

3. POR LA UNIDAD DEL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL

En la Declaración de 1957, los partidos comunistas y obreros expresaron con toda fuerza la decisión de vigorizar su unidad ideológica, de sostener una lucha irreconciliable contra cualquier atentado a esta unidad, y sobre todo contra el oportunismo de derecha y el revisionismo, por un lado, y el sectarismo «izquierdista» y el dogmatismo, por otro.

Esta lucha, parte inseparable de la historia del movimiento comunista, adquiere singular importancia en nuestra época, en la que las transformaciones en la vida social se verifican con extraordinaria rapidez y profundidad. En períodos en que se efectúan tales cambios, el revisionismo y el dogmatismo son particularmente peligrosos. El revisionismo, interpretando de una manera oportunista los nuevos fenómenos sociales, pretende introducir en la ideología y en la política «innovaciones» que de hecho no significan sino la renuncia a los fines que persiguen los comunistas y a la lucha para alcanzarlos. El dogmatismo, al no ver, o al no querer ver los cambios, impide el aprovechamiento de las nuevas posibilidades que se

abren ante el movimiento, impone a éste formas y métodos de lucha que ya no corresponden a la realidad y que, por lo general, conducen a la derrota.

Toda la historia del movimiento comunista internacional indica que ni desde el punto de vista político ni desde el teórico el revisionismo y el dogmatismo son antípodas, sino dos formas de tergiversación oportunista del marxismo creador, dos modos distintos de desligar la teoría de la práctica, dos procedimientos de esterilizar la táctica revolucionaria.

Al formular una serie de nuevas tesis teóricas, que representan un desarrollo del marxismo-leninismo, la Conferencia de 1957 hizo una enorme aportación a la lucha contra el revisionismo y el dogmatismo. En particular, el movimiento comunista internacional asestó un golpe a las especulaciones revisionistas sobre los nuevos fenómenos de la época contemporánea y privó a los testarudos dogmáticos de la posibilidad de poner en tela de juicio estos fenómenos.

La Declaración de 1957 y la de 1960 señalaron que el peligro principal en la etapa actual radica en el revisionismo. En el período transcurrido desde la Conferencia de 1957, el movimiento obrero revolucionario ha librado una importante lucha contra el revisionismo, en la que se han obtenido grandes éxitos. A los elementos revisionistas, que en un tiempo se reanimaron en algunos eslabones del movimiento comunista, se les han inferido serios golpes desde las posiciones del marxismo creador, desde posiciones que excluyen el dogmatismo y el sectarismo, y justamente por eso han sido eficaces. La Conferencia de 1960 pudo constatar: «Los partidos comunistas han derrotado ideológicamente en sus filas a los revisionistas . . .»

La Conferencia de 1957, al orientar a los marxistas a la lucha contra los revisionistas, fundamentó a la vez la acuciante necesidad de superar con decisión en el movimiento comunista el dogmatismo, que, como se dice en la Declaración, tiene en la actualidad un carácter internacional. «El dogmatismo y el sectarismo pueden constituir el peligro principal en distintas etapas del desarrollo de uno u otro partido», constataron los participantes en la Conferencia. Hoy día, el significado de esta afirmación es mayor.

Sería ingenuo suponer que el dogmatismo significa simplemente la fosilización del pensamiento, el miedo a lo nuevo, un apego especial a viejas fórmulas y el dar carácter de categoría absoluta a la lucha armada. ¡No! El verdadoro peli-

gro del actual dogmatismo seudorrevolucionario estriba en que una estentórea fraseología encubre la gradual degeneración política de los dogmáticos. El camino que ante nuestros ojos siguen los dogmáticos albaneses va desde la huera defensa verbal de tesis teóricas desligadas de la vida al aventurero oportuinsmo nacionalista, que socava la unidad del movimiento comunista mundial, y de aquí a la traición abierta de los intereses de su propio pueblo y de todo el movimiento revolucionario internacional.

Como lo demuestran los acontecimientos, los dogmáticos comenzaron sus ataques poniendo en entredicho todas las nuevas y fundamentales conclusiones hechas en la Declaración de Moscú de 1957 y en la de 1960 sobre la posibilidad de impedir la guerra, sobre el aumento de las perspectivas de la vía pacífica hacia el socialismo, sobre la interrelación de las tareas democráticas y socialistas de las fuerzas revolucionarias; no se dan por enterados de las conclusiones de ambas conferencias acerca del significado revolucionario de la construcción económica en los países socialistas, acerca de la importancia decisiva que tiene la fuerza del ejemplo del régimen socialista. Así, pues, arrojan por la borda elementos consustanciales de la concepción estratégica del movimiento revolucionario mundial contemporáneo.

El verdadero contenido histórico de esta posición reside en el intento de impedir que la clase obrera utilice las nuevas palancas de presión sobre el imperialismo, las nuevas posibilidades de lucha por el socialismo. ¿Qué significa objetivamente esta línea sino favorecer los íntimos deseos de los imperialistas?

Desde luego, de palabra, «en principio», los dogmáticos tampoco están en contra de la lucha por la paz, como no están en contra de la coexistencia pacífica, y a veces reconocen incluso la viabilidad abstracta de estas exigencias. Pero en cuanto se trata de hechos concretos, sin los cuales la lucha por la paz equivale a gastar la pólvora en salvas (por ejemplo, en cuanto se trata de ensanchar las filas de los combatientes de la paz, de cohesionar el frente único de los partidarios del desarme general y completo, de entablar conversaciones con los estadistas de los países capitalistas, encaminadas a atenuar la tensión y a resolver por la vía pacífica la cuestión de Berlín Occidental y otros problemas que entrañan la amenaza de guerra), los dogmáticos se lamentan al punto diciendo que eso significa un «abandono» de los principios, lanzan

acusaciones hablando de «miedo» al imperialismo y poco menos que de «renuncia» a la revolución.

Pero a cambio los dogmáticos no proponen ni pueden proponer nada, ninguna iniciativa práctica realmente aplicable. Lo único que hacen es instar a condenar verbalmente al imperialismo. Esta posición es nefasta tanto desde el punto de vista del desarrollo de los movimientos democráticos como desde el punto de vista de la lucha por el socialismo.

En efecto, la participación de las amplias masas en los movimientos democráticos y antiimperialistas es una escuela práctica en la que se preparan para esa lucha. El incorporar a vastas masas a la batalla por el socialismo ha sido siempre una de las tareas centrales en la preparación de la revolución. Lenin llamaba insistentemente al movimiento comunista internacional a concentrar todas las fuerzas y la atención en la búsqueda de las formas de *transición* o de *acceso* a la revolución proletaria (como se sabe, las más importantes de esas formas en el curso de la Revolución de Octubre de 1917 fueron la lucha por la paz y la lucha por la tierra).

Hoy, esta tarea adquiere un mayor significado, ya que la lucha, y tanto más la victoria, en unas condiciones habituales, relativamente normales, exige grandes fuerzas de masas en comparación con las situaciones en que estallan potentes convulsiones políticas y económicas en el campo del capitalismo.

El dogmatismo y el sectarismo conducen al distanciamiento de los partidos marxistas-leninistas de las masas, de los amplios movimientos populares de nuestra época. La superación del sectarismo, una labor inteligente, activa y paciente en las organizaciones de masas, una justa actitud hacia los movimientos democráticos, tal es el método seguro para impulsar la actividad política de las masas. Esto permitirá, a través de la lucha democrática de masas, atraer a un número cada vez mayor de personas al campo de los activos combatientes antiimperialistas y conducirlas con mayor rapidez a la batalla contra la reacción.

Así, pues, los hechos demuestran que el dogmatismo, que de palabra se pronuncia en favor de las Declaraciones de 1957 y de 1960, en realidad es una completa negación de todos los nuevos logros teóricos, políticos y organizativos del pensamiento marxista y de la práctica revolucionaria, sintetizados en documentos internacionales. En otras palabras, la negación de estas tesis marxistas, que reflejan con justeza las condiciones y las perspectivas del movimiento revolucionario, es

una revisión dogmática de los fundamentos del marxismo, una revisión que a cada nuevo paso del desarrollo político cobra un carácter cada vez más hostil hacia el movimiento comunista. Así lo atestigua, por ejemplo, el editorial aparecido el 13 de octubre en el periódico *Zeri i popullit.*

Si antes los dogmáticos albaneses negaban, de una manera general, la ligazón entre el movimiento por la paz y el proceso revolucionario, ahora, rompiendo completamente con las Declaraciones de 1957 y de 1960, según las cuáles la lucha por la paz constituye la primordial tarea de los comunistas de todos los países, afirman: la paz y la coexistencia pacífica son una concepción revisionista para «aplastar todo movimiento revolucionario».

Si antes los dogmáticos de Tirana reconocían, en general, la conveniencia del desarme, ahora, a través del mencionado periódico, declaran que el desarme general y completo es un intento revisionista de «ahogar el movimiento nacional-liberador».

Con estos y análogos postulados los dirigentes albaneses lanzan un abierto reto a todo el movimiento comunista mundial, rompen con sus principios, se enfangan más y más en la ciénaga de un nacionalismo ultrancista y del aventurerismo seudorrevolucionario.

La Conferencia de 1957 concluyó en su Declaración: «Hoy, responde a los intereses vitales de los trabajadores de todos los países el apoyo que prestan a la Unión Soviética y a todos los Estados socialistas, que aplican una política de mantenimiento de la paz en el mundo entero y son el baluarte de la paz y del progreso social.» La Conferencia de representantes de 81 partidos comunistas y obreros consignó: «Los partidos comunistas y obreros declaran unánimes que la vanguardia, por todos reconocida, del movimiento comunista mundial ha sido y seguirá siendo el Partido Comunista de la Unión Soviética, el destacamento de mayor experiencia y más templado del movimiento comunista internacional. La experiencia del PCUS ... reviste una importancia de principio para todo el movimiento comunista internacional.»

Los dirigentes del Partido Albanés del Trabajo tampoco reconocen estas conclusiones de los partidos comunistas. Han propalado virulentas difamaciones contra el Partido Comunista de la Unión Soviética y sus dirigentes. El arriba mencionado *Zeri y popullit,* echando en olvido toda idea de la realidad y de la honradez, escribe que la dirección del PCUS «ha

enarbolado la bandera del revisionismo contemporáneo» y que prepara un complot «contra los partidos marxistas-leninistas revolucionarios, contra el campo del socialismo, contra todo el movimiento revolucionario internacional».

Como vemos, los dirigentes del PAT han llegado hasta el extremo de repetir las peores patrañas que lanzan los más rabiosos renegados contra el PCUS. Al propio tiempo, por el fondo y por la forma, los dogmáticos de Tirana se enfrentan a todo el movimiento comunista internacional. Y a continuación hacen otro monstruoso aserto. Ese mismo periódico escribe que la dirección del PCUS «empuja a los dirigentes que representan a los partidos comunistas y obreros por el camino de la traición».

Después de estas fantásticas invenciones no les quedaba sino dar un paso más hacia la traición, y lo han dado. Han propuesto ir a la escisión del movimiento comunista internacional, asestar un «golpe mortal» a la dirección del PCUS y «a costa de cualquier consecuencia dolorosa» «terminar con la línea» que aplican el PCUS y todo el movimiento comunista internacional en su lucha por la paz, el desarme y la libertad de los pueblos.

Semejante propuesta, hecha además en momentos en que las fuerzas agresoras se insolentan, en momentos en que son más necesarios que nunca la unidad del movimiento comunista y el máximo de voluntad y de esfuerzos para cohesionar el campo socialista, es poco calificarla de peregrina y monstruosa. Esa propuesta constituye para los imperialistas norteamericanos, para todos los agresores y reaccionarios, un servicio con el que ni siquiera podían soñar.

En el transcurso de su historia, el movimiento comunista internacional se ha tenido que batir contra diversas corrientes hostiles. Ha sido precisamente en la lucha donde ha crecido y se ha vigorizado el leninismo. Naturalmente que esta lucha no fue fácil, tanto más que las fuerzas hostiles a la revolución se encubrían, por regla general, con diversas caretas, hasta con las más angelicales. Pero cada vez el desenlace de la lucha se aceleraba cuando eran arrojadas las caretas, cuando las posiciones quedaban al descubierto en toda su desnudez. Así ocurrió, por ejemplo, en el período de la lucha con el trotskismo. El paso abierto de los trotskistas al campo de los enemigos del PCUS, de los enemigos de la Revolución de Octubre significó su derrota categórica. Enver Hoxha y su grupo se han

quitado la careta, facilitando con ello la lucha contra el dogmatismo de nuestros días.

La peculiaridad de la lucha contra las desnaturalizaciones antimarxistas consiste en que en cada etapa de ascenso y desarrollo del movimiento revoucionario, con cada paso que aproxima a la clase obrera al completo triunfo de su causa, se pone en evidencia más y más la nocividad de semejantes tergiversaciones. Pero al mismo tiempo, y precisamente por esto, es mayor su infructuosidad, su fatal predestinación histórica.

Las posiciones del socialismo se fortalecen a diario, mientras las del imperialismo se debilitan, se cuartean. Y cualquier intento de escindir el movimiento obrero, de dondequiera que parta, será desbaratado por las fuerzas revolucionarias, como lo fueron todos los anteriores.

■

El período comprendido entre 1957 y 1962 registra grandes victorias de la clase obrera mundial. Pero una mirada retrospectiva es necesaria a los comunistas para otear mejor el porvenir. Las lecciones del pasado ayudan a construir el futuro.

Los cinco años transcurridos han demostrado que las tesis de las Declaraciones de 1957 y de 1960 conservan su trascendental significado como *documento programático del movimiento comunista, como arma acerada de su lucha.* De aquí que la tarea de todos los comunistas sea cuidar esta arma y usarla con destreza en su actividad cotidiana.

¿Qué significa esto en la práctica?

Significa, guiándose por el espíritu creador de la Declaración de 1957, desarrollar sus tesis en correspondencia con los cambios que se operan en la situación y con las exigencias de la lucha, como se hizo en la Declaración de los 81 partidos comunistas y obreros.

Significa no sólo prometer ser fieles a los principios de la Declaración de 1957, sino también velar por ellos de manera efectiva, atenerse rigurosamente a ellos en el trabajo práctico.

SUMARIO

MAURICE THOREZ — Una época de grandes transformaciones revolucionadias 3

BORIS PONOMARIOV — Algunas cuestiones del movimiento revolucionario 28

La plataforma revolucionaria del movimiento comunista internacional 50